

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

PUERTA A OTRO MUNDO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

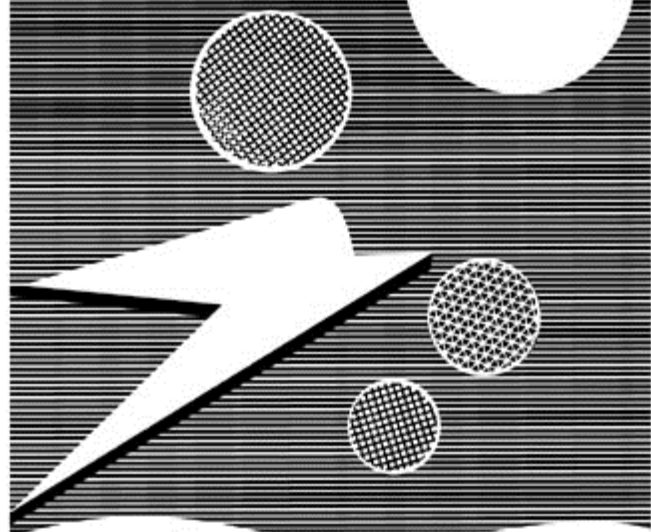
PUERTA A OTRO MUNDO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN
PARRISH

PUERTA A
OTRO MUNDO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 107

Publicación quincenal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

Depósito legal: B. 25.818 - 1972

Impreso en España -Printed in Spain.

1ª edición: agosto, 1972

© GLENN PARRISH - 1972

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1972

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

102 — El invasor errante. Ralph Barby.

103 — La metrópolis. Curtís Garland.

104 — El monstruo de un billón de cabezas. Glenn Parrish.

105 — Insólita dimensión. Curtís Garland.

106 — Muerte en Undar. A. Thorkent.

CAPÍTULO PRIMERO

El motor hizo «pof-pof» inesperadamente y se paró.

Nicolás Barsom, Nick para familiares y conocidos de confianza, lanzó un grueso taco.

—Lo que me faltaba —masculló.

Hizo unos cuantos esfuerzos, pero el motor, recalcitrante, se negó a ponerse en marcha de nuevo.

Entonces descubrió la causa.

—Soy el campeón de la imprevisión —se apostrofó—. Sólo a un idiota como yo se le ocurriría salir de pesca y quedarse sin gasolina.

Nick estaba disfrutando de unas vacaciones bien merecidas, tras una larga temporada de trabajo. Le habían hecho una buena oferta al terminar su labor, pero, de momento, la había rechazado, a fin de no perderse las seis semanas de descanso que había decidido tomarse.

Le gustaba la pesca y, con su pequeña embarcación, solía alejarse casi a alta mar. Naturalmente, llevaba unos remos de repuesto y se dijo que no le quedaría otro remedio que utilizarlos.

—Si tuviese un mástil y una vela... —se lamentó.

Pero no disponía de elementos tan útiles. A menoque colocase un remo vertical y usara como vela el pequeño toldo de popa, en que se resguardaba de la fuerza de los rayos del sol.

El mar estaba desierto en cuanto alcanzaba su vista.

—Me he alejado demasiado —soliloqueó al darse cuenta de que ni siquiera divisaba la costa.

Y, por si fuera poco, su arte personal de la pesca se había revelado casi como un rotundo fracaso. Dos míseros pececillos yacían en la cesta, como una burla de Neptuno, el dios del océano, a los esfuerzos realizados.

Por fortuna llevaba algunas provisiones y una nevera portátil con

cerveza fresca. Sacó la lata, la abrió y elevó el brazo para beber.

Entonces fue cuando vio el yate a pocos cientos de pasos de distancia.

—Menos mal, estoy salvado —dijo.

Apuró la cerveza, tiró la lata al mar, se sentó en el banco de proa y empezó a remar.

A unos cien metros de la otra embarcación, se puso en pie, agitó los brazos y gritó:

—¡Ah del barco! ¡Necesito ayuda!

Pero nadie contestó a sus voces. Extrañado, Nick insistió un par de veces más, obteniendo idéntico resultado.

El yate tenía una lujosa apariencia. Nick se imaginó las causas del silencio de sus tripulantes.

—Menuda juerga han debido correrse la noche pasada. Todavía deben de estar durmiendo la borrachera —supuso irónicamente.

Desde su lancha, divisó un bulto cubierto con una lona en la proa del yate. El puente, a primera vista, parecía desierto.

Hacia la popa divisó dos grandes cajones de embalaje, cosa que le extrañó bastante en lo que parecía una embarcación de recreo. El yate, primitivamente, había tenido dos mástiles para la navegación a vela, pero ahora faltaba el de popa, acaso, pensó Nick, con objeto de dejar más espacio a aquellos extraños cajones.

Gritó una vez más; nadie le respondió.

Siguió remando y dio la vuelta al yate por la popa. Entonces pudo leer las letras doradas que componían el nombre del barco:

Anthea.

Pero no llevaba número de matrícula ni la indicación del puerto de procedencia. A Nick le resultó bastante extraño, aunque, preocupado más bien por obtener un poco de combustible para su motor, no paró demasiada atención en el detalle.

En el costado de babor encontró una escala. Trepó a la cubierta y volvió a gritar:

—¡Eh! ¿Quién hay a bordo?

El silencio era absoluto, impresionante. Sólo se percibía el leve «chap-chap» de las olas al golpear el costado del barco.

Nick descendió a la cámara. Estaba desierta.

El yate tenía capacidad para una docena de tripulantes, al menos, a juzgar por los camarotes, que registró infructuosamente. Sin embargo, era más grande de lo que aparentaba a simple vista.

Subió al puente. Según los instrumentos, todo se hallaba en perfecto orden. El yate estaba dotado de tres motores «Diesel», que podían conferirle, en caso necesario, una velocidad de cuarenta nudos. La llave de contacto estaba en su sitio.

Nick hizo girar la llave. La aguja indicadora del combustible permaneció inmóvil.

—Los tanques están vacíos —masculló.

El yate, por tu tamaño, debía de llevar, por lo menos, una lancha de salvamento. Los pescantes de los costados estaban vacíos.

En pocos minutos, Nick llegó a una desoladora conclusión:

—El yate ha sido abandonado.

Las velas del mástil de proa permanecían aferradas. Nick pensó que tendría que echar mano de sus conocimientos de náutica para regresar a la costa y dar cuenta de lo sucedido a las autoridades de Marina.

Antes de hacer nada, registró el Anthea a conciencia. Encontró algunas cosas interesantes, además de comida y agua en abundancia.

—Por lo menos, no pasaré hambre —se dijo, con filosófica resignación.

También encontró un par de docenas de bidones con un rótulo muy curioso: «Gasolina de aviación».

—Bueno, mi motor funcionará aún mejor con gasolina de alto octanaje.

Volvió a la cubierta y se dirigió a proa. Apartó la lona que cubría aquel en apariencia enorme objeto y se llevó la gran sorpresa.

—¡Rayos! ¡Mil rayos!

Delante de él tenía un cañoncito de 40 mm en perfecto estado, incluso con cuatro peines de diez proyectiles cada uno, en sus cajas correspondientes. Nick había servido en la Armada y sabía cómo manejar aquel artefacto.

Volvió la lona a su sitio. De pronto, recordó el hallazgo de los barriles de gasolina.

Buscó el cuarto de herramientas y se procuró un martillo y un cortafríos. Luego fue a popa y abrió los misteriosos cajones de madera.

Su asombro creció de punto al conocer el contenido de aquellas cajas.

—Un avión —murmuró.

El aparato era un sencillo biplaza, con motor de ciento veinte caballos, y estaba despiezado, pero no resultaría difícil ponerlo en funcionamiento. Nick se dijo que podría volar con él cuando quisiera.

—Tengo que usar la radio —dijo—. Llamaré a la Comandancia de Marina; allí deben saber lo que ocurre.

Subió al puente y encendió la radio. Una voz surgió de pronto por el altoparlante:

—«Los piratas del Anthea han sido capturados, después de abandonar la embarcación, que no ha sido hallada todavía, a pesar de los esfuerzos realizados. La banda capturada se dedicaba al doble contrabando de drogas y piedras preciosas... »

Ello explicaba el aparente misterio del Anthea, se dijo Nick, después de haber captado todos los detalles de la noticia. Tal vez el contrabando se encontraba todavía a bordo, escondido en algún lugar sólo conocido por los delincuentes. Bueno, él llevaría la nave a puerto, la entregaría y después se olvidaría del incidente.

—Tendré que manejar las velas —suspiró, aunque no era la primera vez que hacía una cosa semejante.

Abandonó el puente y entonces vio con horror que su propia lancha se había soltado y quedaba atrás paulatinamente.

—¡Maldición! Pero, ¿cómo he podido ser tan imprudente?

El suelo del yate trepidó ligeramente. Nick vaciló y estuvo a punto de

caer.

De pronto, se dio cuenta de que la embarcación semovía con cierta velocidad. Miró hacia la popa y vio las indudables señales de una estela causada por el insólito movimiento del yate.

Alarmado, corrió hacia la popa con objeto de izar la cangreja y los foques mayores, pero, casi en el momento, vio algo que le dejó con la respiración en suspenso.

Delante de él, aumentando de tamaño por segundos, había un gigantesco disco, que parecía de cristal pulido y translúcido. Podía verse la luz a través del extraño círculo, pero no lo que había al otro lado.

El Anthea navegaba hacia aquel disco con velocidad creciente, atraído por una fuerza invisible e irresistible. Nick se quedó como paralizado, incapaz de mover un solo músculo.

El océano sin embargo, no había sufrido la menor alteración. El oleaje era benigno y la brisa soplaba escasamente a cinco o seis nudos por hora.

La velocidad del yate aumentó. Nick se sintió invadido por un extraño horror. ¿Adonde iba a parar? ¿Qué fuerza misteriosa e irresistible le empujaba hacia un destino desconocido?

Un lejano silbido llegó a sus oídos, aumentado de volumen a medida que se acercaba a aquel disco, que

se agrandaba rápidamente. Nick permaneció inmóvil, como hipnotizado por aquel extraño e incomprensible fenómeno.

El silbido se hizo intolerablemente agudo, dañino para los tímpanos. Nick pensó que había llegado su última hora.

El yate se precipitó con velocidad indescriptible a través del disco opalino. A Nick le pareció que la embarcación daba un salto gigantesco, de billones de kilómetros. Sin embargo, y salvo la sensación producida por la velocidad, el buque no se movió apenas.

Fue cosa de segundos. De pronto, Nick vio brillar el sol otra vez y vio de nuevo la tersa superficie del océano. Comprendió que había atravesado el disco y que el peligro, al menos por ahora, había pasado ya.

CAPITULO II

Soplaba una fresca brisa, que impulsaba al Anthea a una velocidad moderada. Nick estaba seguro de que habría mejorado la velocidad, de haber podido disponer del segundo palo, pero tampoco podía quejarse con la superficie de velamen que había podido desplegar: cangreja mayor, con escandalosa, y dos foques. Era suficiente.

La proa estaba orientada al oeste, dos cuartas al sur, que era la dirección que debía tomar para regresar a puerto. Nick se imaginó la sorpresa de policías y aduaneros cuando le vieran llegar con el Anthea.

—Reclamaré la presa —se dijo—. Según las leyes del mar, este barco abandonado me pertenece. Que se queden ellos con el contrabando; yo...

Nick no pudo continuar hablando soliloquios. Acababa de divisar un barco en el horizonte, por la amura de estribor.

La distancia era grande todavía. Hubo de pasar un buen rato, antes de que Nick pudiera captar las características del barco, por medio de los prismáticos que había encontrado en el puente del Anthea.

Entonces creyó que soñaba.

—No es posible —se dijo.

Volvió a mirar. Se echó a reír.

—Pero, ¡qué tonto soy! Es la reproducción de una trirreme romana, destinada seguramente a la filmación de escenas de época.

El barco era bastante grande y llevaba un rumbo convergente con el suyo. Las tres hileras de remos de cada banda se movían con un ritmo bastante vivo.

Llevaba un mástil, con antena para una sola vela cuadrada, aferrada en aquellos momentos. Nick vio cerca de la popa al cómitre, el antiguo hortator romano, dirigiendo el ritmo de las paladas de los remeros, con dos grandes mazos esféricos, con los que golpeaba alternativamente sobre sendos timbales de gran tamaño. Hasta sus oídos llegaron los sonidos de los golpes, junto con algunas voces que no entendió.

La galera romana tenía un fortísimo espolón en la proa, casi a ras de agua. En el pico del mástil flameaba una bandera roja, con un círculo negro en el centro. En el interior del círculo, Nick vio la cabeza de un carnero pintada en oro.

A fin de evitar la colisión, viró un poco, de modo que los dos rumbos quedaron paralelos. Entonces vio a numerosos individuos que se alzaban en la proa e incluso en los dos castillos de proa y popa.

—¡Hola, amigos! —gritó, agitando una mano en señal de saludo.

De pronto, vio que más de cien arcos se tendían hacia él. Nick, impertérrito, continuó saludando, con la sonrisa en los labios.

Los arcos dispararon un centenar de flechas. Nick se escondió dentro de la caseta del puente.

Un segundo más tarde, oyó el repiqueteo de las flechas, que caían por todas partes. Dos cristales del puente saltaron hechos añicos.

Una flecha cayó a los pies de Nick. Sus ojos la contemplaron con estupefacción; medía casi un metro de largo y tenía una punta agudísima.

—Esos tipos parece que la han tomado en serio conmigo —masculló, a

la vez que se arrodillaba para mirar a ras del borde inferior de una de las ventanas del puente.

Entonces vio, con gran alivio, que la galera había cambiado su rumbo y que se alejaba del Anthea.

Nick se puso un cigarrillo en los labios.

—No lo entiendo —masculló—. La galera romana habrá sido construida para una película, pero las flechas que me han tirado esos forajidos eran auténticas.

Trincó la rueda del timón y salió del puente. Había flechas clavadas por todas partes. El Anthea parecía un acerico.

La trirreme se había alejado cosa de trescientos metros. Nick se percató entonces de que los golpes del hortator habían aumentado de ritmo. Las paladas de los remeros se habían hecho asimismo más frecuentes.

La galera parecía volar sobre las aguas. Nick siguió con la vista su rumbo y, de repente, divisó otro barco en lontananza, apenas a mil metros de distancia.

El segundo barco era muy parecido a la trirreme, aunque de menores dimensiones. Había desplegado la vela, pero, incluso con la ayuda de sus remeros, era obvio que no podría escapar al ataque de la galera.

La segunda embarcación disponía sólo de una fila de remos por banda y, además, su número era menor.

Siempre con ayuda de los prismáticos, Nick pudo ver otra bandera ondeando en lo alto del mástil: azul, con una cabeza de unicornio blanco como divisa.

La trirreme ganaba espacio rápidamente. El comandante del otro barco maniobró inútilmente. Lanzado con todo el ímpetu de su mole, el espolón atacante atravesó el costado del barco del unicornio.

El encontronazo fue terrible. Nick estaba por jurar que el espolón había atravesado casi de parte a parte a la nave atacada. Apenas entraron en contacto las dos galeras, los hombres de la trirreme se lanzaron al abordaje.

Nick presenció una lucha salvaje y despiadada. Vio hombres literalmente partidos por la mitad, troncos decapitados, chorros de

sangre por todas partes...

—Y ni una sola cámara registrando la escena —se dijo—. ¿Será auténtica esa pelea?

Pero, ¿cómo podía ser posible? Estaba en el siglo XX y, sí, había guerras locales, nada piadosas, por otra parte, pero se realizaban con armas de fuego; eventualmente y en combates muy restringidos, con bayonetas, pero nunca una pelea donde se usaban hachas de abordaje, espadas, arcos y flechas.

Los hombres de la unirreme estaban siendo derrotados, era fácil de ver. De pronto, el comandante de la trirreme se dio cuenta de que la otra galera se hundía y ordenó dar marcha atrás.

Los remeros hicieron un supremo esfuerzo, mientras los atacantes se replegaban a su nave. Muchos de los tripulantes de la galera del unicornio nadaban desesperadamente en el mar y los guerreros del carnero los remataban fríamente a saetazos desde la borda de su galera.

Momentos después, el combate había terminado. La unirreme se hundía rápidamente. Lo último que Nick vio fue la bandera azul ondeando en el mástil, segundos antes de desaparecer bajo las aguas.

La trirreme botó al agua un par de lanchas, cuyos tripulantes se dedicaron a recorrer las inmediaciones, rematando despiadadamente a los escasos sobrevivientes de la nave atacada. Luego, concluida su mortífera tarea, volvieron a la trirreme.

Unos cuantos sangrientos despojos colgaban del mástil. Eran cabezas de enemigos vencidos. Nick sintió náuseas al contemplar tan bárbara escena.

De pronto, la trirreme inició una maniobra. Nick loadvirtió a los pocos momentos, cuando vio que la galera, habiendo virado de bordo, se dirigía rectamente hacia él, desde unos ocho o novecientos metros de distancia.

Durante unos segundos, se quedó helado de horror.

¿Cómo podría soñar él en resistir siquiera a una poderosa máquina de guerra, tripulada por más de seiscientos hombres, de los cuales la mitad, por lo menos, eran fieros soldados?

La trirreme adquiría cada vez un mayor incremento en su velocidad.

Nick se dio cuenta de que ni siquiera contando con todo el velamen habría conseguido escapar.

Pero, de repente, se acordó de algo que podía, tal vez, salvarle la vida.

—No tengo ganas de que mi cabeza cuelgue del mástil —rezongó, mientras corría hacia la proa.

La lona que cubría el «pom-pom» de 40 mm quedó a un lado. Nick colocó un cargador en la muesca de la recámara y luego, acomodándose en el sillín del tirador, manejó las ruedas de alcance y deriva.

El cañón disponía de un visor con telémetro. Nick apreció que la distancia se había reducido a seiscientos metros.

Por un instante, se sintió tentado a tirar sobre el castillo de proa, repleto de guerreros, pero prefirió asegurarse y el primer cañonazo fue dirigido a la línea de flotación.

La granada abrió un boquete relativamente pequeña la altura del nivel del mar. Nick envió seguidas las nueve granadas restantes, causando grandes destrozos en la proa.

La sorpresa, el terror y la confusión se apoderaron de los tripulantes de la galera. Nick corrió al puente, destrincó el timón e hizo que el Anthea virase 45 grados a estribor.

Luego sujetó de nuevo el timón. La maniobra le permitió situarse en un rumbo oblicuo al de la trirreme, cuya velocidad, después de la primera salva de cañonazos, parecía haberse reducido considerablemente.

Nick disparó ahora contra la obra viva, a ras de agua. Los costados de la trirreme eran recios, pero no podían resistir los impactos de cuarenta milímetros.

El agua empezó a entrar por los orificios.

El cañón era para Nick un arma preciosa, pero que no podía llevar sobre sí.

Por dicha razón agotó las municiones, concentrando los últimos disparos sobre un mismo punto, lo que le proporcionó la enorme satisfacción de abrir un tremendo boquete en el costado de babor de la trirreme.

La galera se hundía ya a ojos vistas. El pánico se había apoderado de sus tripulantes. Los galeotes se habían sublevado y atacaban parcialmente a oficiales y a guerreros. Se desarrollaban unas feroces luchas por conseguir un puesto en los botes.

Nick volvió al timón y enderezó el rumbo, pasando ahora a menos de trescientos metros de la galera, que aparecía terriblemente escorada a babor. Columnas de humo brotaban de sus escotillas; procedentes, tal vez, de algún incendio originado por la explosión de sus granadas.

Pero no pensaba entretenerse en salvar a ninguno de aquellos salvajes. Era una decisión dura; sin embargo, pensaba en su propia vida y conservarla le parecía primordial.

Lentamente, la trirreme del carnero amarillo se hundió bajo las aguas. Los náufragos se peleaban por acercarse a los botes que, rebosantes de hombres, amenazaban con hundirse en cualquier momento.

El Anthea se alejó de aquel lugar. Nick se dio cuenta de que pasaba entonces en medio de algunos de los restos de la unirreme.

De pronto, oyó un agudo grito:

—¡Eh, ayúdeme! ¡Sálveme, en nombre de la reina Dyra!

Nick vio a un hombre agarrado a una tabla, que le hacía señas con la mano. Durante unos segundos vaciló, pero, pensando que si sólo se trataba de un adversario no representaba ningún peligro para él, trincó el timón y corrió hacia la borda.

Segundos después lanzaba un salvavidas sujeto a un cabo. El náufrago se agarró al salvavidas y Nick tiró de la cuerda.

Momentos después, el náufrago estaba a bordo. Nick apreció que se trataba de un hombre alto y bien proporcionado, de pelo muy rubio y ojos azules, vestido con un simple ceñidor.

—Gracias, en nombre de la reina Dyra —dijo el desconocido—. Ella te agradecerá infinito que hayas salvado a su primo Ennus.

—¿Te llamas Ennus? —preguntó Dick.

—Ese es mi nombre. Tú solo has hundido a la nave que nos atacó —dijo Ennus, con acento de evidente admiración.

—Bueno, ellos querían hundirme a mí —sonrió Nick.

«Estoy soñando —pensó—. Pronto despertaré y...»

Ennus miró con gran curiosidad a su alrededor.

—¡Qué nave tan extraña! —murmuró—. ¿De dónde eres, extranjero?

—Me llamo Nick y mi lugar de procedencia es... Bueno, no tiene importancia, Ennus. Lo que me alegra es haberte salvado la vida. Pude ver cómo os atacaban y también que, después de haber hundido tu nave, los hombres del carnero amarillo remataban salvajemente a los sobrevivientes.

—Los guerreros de Keydur no dan cuartel a sus enemigos, Nick.

—¿Quién es Keydur, Ennus? —preguntó el joven, asombrado.

—El rey de Kdaviur. Está en guerra con nosotros, los naturales de Smuria. Mi prima Dyra es la reina de Smuria, pero no hemos hecho nada para provocar ese conflicto.

Nick no sabía qué pensar. Desde su llegada al Anthea no había bebido más que unos sorbos de agua. Recordando el tráfico a que se dedicaba el Anthea confió en que el líquido no contuviese una droga hipnótica, que le hubiera hecho presenciar aquellas escenas tan fantásticas y le hiciera oír ahora respuestas que le parecían disparatadas.

—De modo que Kdaviur está en guerra con Smuria —repitió.

—Sí. Keydur quiere casarse con mi prima, porque así acrecentará su poderío. Los dos reinos se unirán en uno solo y Keydur será entonces el hombre más poderoso del mundo.

—Y Dyra...

—Ella, naturalmente, no quiere casarse con un salvaje..., salvaje en los sentimientos, por supuesto. Pero mucho me temo que, si no sobreviene un prodigio, Smuria y su reina acaben por caer en las garras del bárbaro Keydur —concluyó Ennus.

CAPITULO III

Ya se acercaban al puerto de Smuria. Nick pudo apreciar que había un par de unirremes patrullando por el exterior. A pesar de que sus conocimientos sobre la marina de siglos pasados eran más bien limitados, se dio cuenta de que eran simples naves mercantes, armadas apresuradamente al estallar el conflicto con Kdaviur.

A Nick aquella guerra le parecía un poco la de Troya: griegos y troyanos enzarzados en un conflicto que había durado diez años, por causa de la bella Helena. Ahora sucedía lo mismo en aquel extraño mundo al que había llegado, sin saber todavía cómo lo había hecho.

Sin embargo, Ennus le había asegurado que no sólo ningún smuriano quería que la bella Dyra se casara con Keydur, sino que, al mismo tiempo, amaban su libertad y estaban dispuestos a perder la vida por conservarla. Eran un pueblo culto y tranquilo, amante de las bellas artes y de la existencia agradable, en donde, según Ennus, no existían apenas la envidia ni las rencillas y donde la vida se deslizaba fácil y apaciblemente. Sujetos al yugo de Keydur, decía Ennus, Smuria se convertiría en un infierno y no merecía la pena vivir siendo esclavos.

Nick no sabía qué pensar. Presentía que todo lo que le sucedía era realidad, pero, al mismo tiempo, ¿cómo había sido trasladado a un mundo distante del suyo veinte o veinticinco siglos?

Con los prismáticos pudo contemplar la ciudad a su sabor. Era una gran urbe, emplazada sobre colinas de suaves pendientes, en la que se veían brillar los mármoles de los edificios. El estilo arquitectónico parecía vagamente romano o griego, pero tenía detalles que le hacían ver a Nick que se trataba de una civilización muy distinta.

—Aunque tal vez sumamente parecida en el fondo —se dijo.

—¿Cómo? —preguntó Ennus.

—Nada —sonrió Nick—. Hablaba conmigo mismo.

Había ropas de repuesto en el yate y ambos usaban ahora un mismo y parecido atuendo: camisa y pantalón corto, con sandalias de tiras. A Nick, además, le hubiera gustado disponer de una pistola, pero, cosa rara, todo lo que había encontrado como armamento en el Anthea era el cañoncito, cuya munición había sido ya agotada.

Atracaron en el muelle, en medio de una moderada curiosidad de las gentes. Nick apreció el clima cálido, aunque no sofocante, lo que permitía una indumentaria muy liviana tanto en hombres como mujeres. Unos marineros que reconocieron a Ennus les ayudaron a amarrar el yate, haciendo mientras tanto diversos comentarios acerca de una embarcación jamás vista en aquel lugar.

Sin embargo, la curiosidad de los smurianos no era atosigante. Tampoco dieron demasiadas muestras de extrañeza al ver a los dos hombres con un atuendo tan distinto del común. A Nick le pareció el detalle digno de un pueblo civilizado.

Vio carruajes de diversos tipos, algunos de ellos semejantes a las cuadrigas romanas. Lo que sí le extrañó fue ver caballos unicornios.

El cuerno partía de la frente del animal y tenía una longitud de alrededor de un metro. La mitad más cercana al cráneo del cuadrúpedo era espiralada, como un berbiquí, y el resto, terminado en aguzada punta, era recto.

—Unos animales realmente fantásticos —calificó—. En mi país no existen.

Ennus se echó a reír.

—No creas que son producto de la naturaleza —explicó—. Se trata, simplemente, de un adorno. Un antiguo rey de Smuria, hace ya cientos de años, tomó el fantástico unicornio como símbolo de nuestra ciudad y de nuestra nación. Luego, andando el tiempo, se hizo moda adornar los caballos con el cuerno espiralado..., el cual, por cierto, tiene también utilidad guerrera. Quizá algún día tengas ocasión de ver a un escuadrón de unicornios en acción. Nuestros enemigos los consideran muy temibles, créame.

«Ya salió la guerra», pensó Nick, muy preocupado por haber llegado a un país metido de lleno en un conflicto bélico.

Pero, ¿vivía realmente aquella extraña aventura?

¿Cómo, de repente, había llegado a un mundo tan distante al suyo en todos los aspectos, acaso atrasado en veinte o veinticinco siglos?

Claro que el atraso podía decirse que era meramente tecnológico, pero aun así...

Y sobre todo, lo más preocupante era que hablaba y entendía perfectamente la lengua smuriana.

¿Cómo podía suceder semejante prodigio?

No se le ocurría ninguna explicación congruente y ya empezaba a creer en cuanto le pasaba. No, no se trataba de un sueño, sino de la pura realidad.

Algo interrumpió de repente sus desconcertadas meditaciones.

Sonaron gritos, alaridos, imprecaciones... La multitud se arremolinó, gritó, corrió en confuso desorden...

—Los guerreros de Kdaviur invaden la ciudad —exclamó Nick.

A lo lejos, la multitud que se atestaba en las inmediaciones del muelle se separó rápidamente a ambos lados. Por encima de los gritos de la gente, Nick oyó un fuerte batir de cascos de caballo.

Una cuadriga apareció a lo lejos, lanzada a toda velocidad. Obedeciendo a un impulso repentino, Nick se lanzó al centro de la calzada y esperó la llegada de los caballos, adornados por el unicornio heráldico.

En el momento oportuno, se lanzó hacia adelante, saltó a lomos del caballo de la derecha y se sujetó firmemente con las piernas. Agarró las riendas y tiró con todas sus fuerzas.

El animal perdió velocidad. Nick estiró el brazo izquierdo y repitió la misma operación con el caballo contiguo. Momentos después, los animales se detenían piafando y resoplando fuertemente, con los bellos cubiertos de espuma.

Saltó al suelo. Ennus corría hacia aquel lugar.

Nick miró a la mujer que estaba de pie en la cuadriga, pálida, pero no asustada. Era alta, de formas majestuosas y frondosa cabellera negroazulada. Llevaba un manto rojo, pero su cuerpo estaba cubierto sucintamente por un peto dorado, de muy reducidas dimensiones, y un

brevísimo pantaloncito del mismo color.

—Te doy las gracias —dijo ella con voz cálida y profunda—. Me has salvado de un grave peligro, extranjero.

Nick se inclinó.

—Soy tu humilde servidor, reina Dyra —saludó galantemente.

Ennus llegó en aquel momento.

—¡Dyra! ¿Estás bien? —gritó—. Te he visto en un grave peligro...

—Por fortuna, este valiente extranjero me ha salvado —sonrió la joven—. Nunca había visto una cosa semejante, créeme, Ennus. ¿Dónde has conseguido esa agilidad tan portentosa, extranjero?

Nick sonrió. ¿Cómo iba a explicar a aquella hermosamujer los varios oficios que habla desempeñado en sus treinta y pocos años de vida, entre los que podía incluir el de «especialista» en caídas y saltos acrobáticos de toda clase en películas de aventuras?

—Sólo pensé en salvarte, señora —contestó—. Mi vida no importaba; era la tuya la que debía librar de todo riesgo.

Las espesas pestañas de Dyra aletearon. Ella se sintió visiblemente halagada por la cortés y galante respuesta del extranjero.

—Te lo agradeceré siempre —manifestó. De pronto, pareció reparar en un detalle—. Pero, Ennus, yo te creía en el mar, con tu nave...

—Los piratas de Keydur nos atacaron y hundieron la embarcación, asesinando después a todos los supervivientes —informó Ennus escuetamente.

La cara de Dyra se llenó de horror.

Ennus continuó:

—Yo pude esconderme bajo una gran tabla, conteniendo la respiración mientras duraba la matanza. Después, la trirreme enemiga quiso atacar el pequeño barco de mi amigo Nick, pero éste la hundió con un arma misteriosa.

Dyra miró al joven con curiosidad.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Totalmente cierto, señora —confirmó el joven.

—Debes de ser un hombre muy inteligente, además de valeroso, cosa que ya he podido comprobar por mí misma. A menos que tengas otros planes, te invito a que te alojes en mi palacio, Nick.

—Acepto la invitación como un gran honor, reina Dyra —contestó el joven, con gran cortesía.

Dyra se volvió hacia su primo.

—Regresaba ahora de inspeccionar las primeras líneas de combate —manifestó—. Nuestros guerreros resisten valientemente, al precio de grandes bajas. Pero pierden moral cuando se enfrentan con los hombres acorazados de Keydur.

—Nuestras flechas son impotentes contra esas corazás —adimitió Ennus sombríamente—. Hay que llegar al cuerpo a cuerpo para conseguir encontrar los puntos vulnerables.

—Será mejor que hablemos de este asunto en mis habitaciones —dijo Dyra—. Subid conmigo, os lo ruego.

Nick y Ennus subieron a la cuadriga, que arrancó de nuevo, guiada por las expertas manos de la joven. Nick observó que el camino serpenteaba a través de anchas calles, en dirección a la colina más alta, donde se hallaba lo que consideró como la Acrópolis de Smuria y donde Dyra tenía su residencia real.

Mientras se dirigían al palacio, Nick expresó cierto temor a Ennus.

—No temas —dijo el smuriano—; puedes tener la seguridad absoluta de que nadie tocará una sola astilla de tu barco.

—Siendo así... —murmuró Nick, complacido por la noticia—. Otra cosa que me asombra es que la reina vaya por las calles de la ciudad sin la menor escolta.

—No la necesito —contestó Dyra orgullosamente—. Todos los smurianos me quieren y matarían en el acto al osado que se atreviese a rozar uno solo de mis cabellos.

—País feliz —dijo Nick.

La residencia de Dyra dominaba la ciudad y los terrenos circundantes. Desde una terraza, Nick pudo ver las distantes fogatas que señalaban el campamento del ejército sitiador.

Una cosa le extrañó: a la izquierda, según la posición que ocupaban, no se veía ninguna hoguera. Desde la última fogata al mar había un espacio en tinieblas superior a los tres kilómetros de ancho.

—¿Por qué no ocupan esa zona los hombres de Keydur? —preguntó a Ennus, que se hallaba a su lado.

—No lo necesitan. Son los pantanos salitrosos, imposibles de franquear por hombres y bestias. La anchura es de unos tres o cuatro mil pasos, por una longitud casi veinte veces mayor.

Era Dyra la que había hablado, apareciendo inesperadamente en la terraza, iluminada por varias grandes lámparas de aceite.

La joven se había cambiado de indumentaria. Ahora vestía una especie de túnica casi transparente, bajo la cual llevaba unas prendas análogas a las que Nick había visto ya, si bien de color blanco, adornadas con algunas piedras preciosas. El pelo estaba muy bien peinado, recogido por una especie de diadema de oro y diamantes.

—Es decir, ellos no pueden atacar por allí..., perotampoco vosotros podéis atravesar los pantanos para caer por su espalda —dijo.

—Así es —confirmó Dyra—. Hay salitre y fuentes sulfurosas, que hacen imposible la vida. Una persona moriría en los pantanos antes de haber recorrido medio millar de pasos.

—Y no podéis rechazar a los sitiadores... Quiero decir, atacarles de modo que se vean obligados a levantar el sitio.

—Desgraciadamente, así es. Con grandes dificultades logramos mantenernos detrás de nuestras líneas, pero temo que llegue el día inevitable que los parapetos salten y la ciudad sea invadida.

Nick meditó unos instantes. Luego dijo:

—Según he oído, una de las principales armas defensivas de los atacantes son sus corazas, intraspasables para las flechas ordinarias.

—En efecto —confirmó Dyra.

—¿Tenéis en Smuria fábricas de armas? Quiero decir, hombres competentes, capaces de construir todaclase de armas.

—Sí, disponemos de un par de centenares de armeros, herreros y forjadores que trabajan constantemente, día y noche podría decirse. Pero no hemos dado con la solución para construir corazas...

Nick se volvió hacia Ennus:

—¿Podrías tú proporcionarme una de esas corazas, afin de que pueda estudiarla y ver si yo consigo encontrar la contraarma adecuada?

Los ojos de Ennus se iluminaron.

—Claro que sí. Ahora mismo si quieres...

Nick se volvió hacia la joven.

—Reina Dyra, tendrás que dispensarme por esta noche. He decidido ayudaros y no quiero perder un solo segundo de tiempo —exclamó.

Ella sonrió hechiceramente.

—Nunca agradeceremos bastante tu ayuda, Nick —manifestó.

Nick suspiró.

—Lástima que mi cañoncito no disponga de más proyectiles —se lamentó.

Pero la idea que se le había ocurrido, si era cierto que podía disponer de personal competente, podía dar buenos resultados, se dijo.

CAPITULO IV

Transcurrieron quince días.

El enemigo estrechaba el cerco. Día a día, los sitiados perdían posiciones y se veían obligados a reducir el anillo defensivo.

Mientras, Nick trabajaba sin descanso. A veces se decía que estaba

soñando todo lo que le ocurría y otras veces pensaba que era cierto. Pero no desmayaba.

—Lo que sea sonará —murmuraba para sí, más de una vez.

Muchos días, con ayuda de sus prismáticos, estudiaba el campamento enemigo. Tenía un arma valiosa en el yate y sabía como utilizarla, pero a bordo del Anthea no había el menor complemento para la tal arma: el avión.

«Si dispusiera de unas cuantas bombas ligeras...»

El terror que causarían los explosivos resultarla un factor psicológico importantísimo. Pero los únicos explosivos, las granadas de 40 mm, habían sido consumidos en el combate contra la trirreme. En el yate no quedaba siquiera una escopeta de caza.

Y ello le extrañaba bastante, porque le parecía incomprensible que unos piratas de semejante calaña no hubiesen llevado a bordo armas portátiles. Pero extraño o no, nada podía hacer ya para remediarlo.

Una vez más, fue al recinto donde forjaban las nuevas armas. La actividad era intensísima.

Corthonis, el general en jefe, estaba hablando con Dirmos, el jefe de forjadores. Los dos le acogieron con vivas muestras de simpatía.

—Pronto dispondremos de armas en cantidad suficiente para batir a nuestros sitiadores —dijo el general.

—Estoy asombrado —manifestó Dirmos—. Todavía no acabo de creerme que tu arma traspase las corazas de los kdaviuranos.

—Hiciste alguna prueba, creo —sonrió Nick, a la vez que contemplaba una de las nuevas armas, una ballesta, muy parecida a las medievales, pero más simplificada y, a su juicio, de mayor potencia todavía.

Las saetas eran de metal, acanaladas en la segunda mitad de su longitud. Aparentemente eran ligeras, pero Nick conocía la potencia de impacto de un proyectil que medía unos setenta centímetros de largo y pesaba casi cien gramos. Las corazas de Kdaviur eran dobles, cubrían pecho y espalda, pero en las primeras pruebas, peto y espaldar habían sido perforados limpiamente.

—¿De cuántas ballestas disponemos ya, Dirmos? —inquirió.

—Unas trescientas. Me gustaría fabricar otras tantas y saetas suficientes para que cada ballestero pueda disparar al menos cien tiros.

—¿Crees que podrás conseguirlo?

El forjador se volvió hacia Corthonis.

—Sólo necesito tiempo. Corthonis tiene la palabra —manifestó.

—Si la ballesta nos ha de salvar, garantizo la resistencia durante tres semanas, por lo menos —declaró el consultado.

—Será suficiente —dijo Nick—. Dirmos, ¿conoces tú un buen carpintero? ¿No se construyen naves en Smuria?

—Por supuesto. Milos es el jefe de astilleros. El te ayudará con mucho gusto en lo que le pidas.

—Iré a verle ahora mismo. Corthonis, ¿quieres acompañarme?

—Desde luego. Tengo mi cuadriga ahí afuera...

Los dos hombres salieron del recinto. En la puerta, Nick se enfrentó con el militar.

—Te voy a dar un consejo, Corthonis —manifestó.

—Sí, Nick.

—Cuidado con los espías. Haz que hombres de toda tu confianza vigilen con los ojos bien abiertos el recinto de los forjadores.

—Nick, en Smuria no hay...

—Corthonis, no me tomes por presuntuoso, pero, por desgracia, en el mundo de donde procedo hay demasiado espionaje. Sé que en Smuria todo el mundo adora a su reina, pero nunca debes excluir la posibilidad de un traidor o, simplemente, de un infiltrado de las líneas enemigas. Desconfiar, en estas circunstancias, no cuesta nada y puede producir buenos rendimientos. ¿Me has comprendido?

Corthonis asintió.

—Lo tendré en cuenta, Nick —respondió—. Antes de una hora, el recinto de forjadores tendrá una férrea vigilancia.

Milos aceptó encantado el encargo que le hizo el joven, tras dibujar sobre un pergamino un diseño del aparato que quería le construyesen. Milos no comprendía la utilidad, pero se mostró dispuesto a fabricarlo en el menor tiempo posible.

—Contrata a todos los trabajadores que puedas —le dijo Nick—. Tendrás que hacer seis iguales.

Milos hizo un gesto de duda.

—Por mí, no habría inconveniente, pero... no sé cómo andaré de dinero... Esta guerra nos ha paralizado todos los negocios y las finanzas no andan muy boyantes...

—Hablaré con la reina Dyra —prometió Nick—. Pero no dejes de empezar el trabajo ahora mismo.

—Sí, Nick.

El joven subió a su carruaje. Tras la conversación con Corthonis, el general se había marchado inmediatamente a montar la guardia de la forja. Nick, más sencillo, usaba un carro tirado solamente por dos caballos. Hizo chasquear el látigo y los animales salieron al galope en dirección a la Acrópolis.

A mitad de camino, oyó un leve chasquido, pero no le prestó ninguna importancia. Llegó ante la entrada del palacio y saltó al suelo. Uno de los guerreros de guardia acudió a hacerse cargo del carro.

—¡Mira, Nick! —exclamó el hombre de pronto, señalando la flecha que sobresalía de uno de los costados del vehículo.

La cara del joven se cubrió de sombras. Arrancó la flecha y la contempló unos instantes.

—Alguien ha intentado asesinarme —dijo momentos más tarde, en presencia de Dyra y de su primo.

Dyra palideció.

—Imposible, Nick; tú eres mi amigo y no hay nadie en Smuria que se atreva a alzar un solo dedo contra quien goza de mi amistad —exclamó.

Nick lanzó la flecha a un lado.

—Puede que no haya sido un smuriano —contestó—. Pero, ¿tan difícil

es traspasar las líneas? —se volvió hacia Ennus—. Tú y yo, si te atreves, iremos esta noche a hacer una demostración a Keydur. Naturalmente, no nos enfrentaremos directamente con él, pero le haremos saber que estamos dispuestos a todo. ¿Querrás venir?

—Será un placer, Nick —aseguró Ennus sonriendo.

—Otra cosa, Dyra. He hablado con Milos. Me ha dicho que anda escaso de fondos...

Dyra meneó la cabeza tristemente.

—La tesorería está al borde de la bancarrota, Nick —contestó.

«Y luego dirán que estas gentes pelean por amor a su reina y a la libertad», pensó Nick sardónicamente.

—Bien, quizá yo pueda ayudarte —dijo—. Ennus, te agradeceré que vengas conmigo a mi buque para ayudarme a traer algunas cosas que estimo necesarias.

—Desde luego, Nick.

—Ah, me olvidaba de una cosa. Después de la incursión en el campamento de Keydur, ¿te atreverías a ir conmigo a los pantanos?

—¿Quieres morir? —exclamó.

Nick le dio una palmada en el hombro.

—Esos pantanos son, en efecto, muy peligrosos, pero también entra en el peligro una buena dosis de leyenda —contestó—. Anda, vamos a mi barco; tengo prisa en llegar allí cuanto antes. Con tu permiso, reina Dyra.

Ella hizo una gentil inclinación de cabeza. Dyra se preguntó de dónde habría salido aquel apuesto extranjero, cuya llegada había significado una gran inyección de moral en sus tropas.

Desde la ventana vio cruzar a los dos hombres el patio. El extranjero, tremendamente alto, de anchos hombros y muy robusto, con ojos oscuros y pelo castaño, poseía, para Dyra, una estampa física excepcional.

Un cuarto de hora más tarde, Nick y Ennus entraban en el yate.

Empezaron a buscar. Treinta minutos después, Nick se llevó una

agradable sorpresa.

—¡Caramba, quién lo hubiera dicho! —exclamó—.

Y yo que creía que...

El hallazgo de la caja de granadas de mano le satisfizo notablemente, pero mucho más le agradó encontrar, al cabo de mucho rato de considerables esfuerzos, una caja, más pequeña, repleta de gemas de todas clases.

—Los dueños del Anthea no se imaginaron nunca que su contrabando serviría algún día para financiar una guerra —dijo alegremente.

Los dos hombres reptaban entre las sombras.

Nick y Ennus conocían de sobra el emplazamiento de la tienda de Keydur. Nick la había visto muchas veces con sus prismáticos desde la Acrópolis de Smuria. También sabía que había siempre dos guerreros armados de guardia ante la entrada.

Ennus le dio de pronto un codazo.

—Ahí está —murmuró.

Los centinelas permanecían inmóviles, apoyados en sus largas lanzas. No llevaban escudos, confiados en la invulnerabilidad de sus corazas.

Nick se arrodilló y Ennus le imitó. Ambos iban provistos de sendas ballestas, ya preparadas. Nick fue el primero en disparar.

Sonó una nota musical de tonos bajos. Un centinela gritó débilmente y cayó, traspasado de parte a parte por la saeta.

El otro se desplomó un segundo después. Nick corrió hacia la entrada de la tienda y plantó en la tela un gran pergamino, en el que había un mensaje escrito.

Regresaron sin ser vistos. Antes de volver a las líneas propias, fulminaron a unos cuantos centinelas más, con sendos saetazos.

—Keydur se va a llevar un gran chasco cuando se entere de ello —rió Ennus alborozadamente, sin dejar de correr.

—Lo que no va a tardar mucho en suceder —contestó Nick, al oír el repentino alboroto que se había formado en el campamento enemigo.

Los ojos de Keydur, gigantesco, voluminoso, con una espesa barba rojiza, contemplaron coléricos el mensaje que un osado había dejado en su propia tienda, tras matar a los centinelas:

El mensaje decía:

Hemos podido matarte, pero te perdonamos la vida, por ahora. Olvida a Dyra, levanta el sitio y vuelve a tu país o, de lo contrario, Kdaviur irá a la ruina.

Los oficiales le contemplaban amedrentados. El hecho de que sus famosas corazas hubieran sido traspasadas por las nuevas flechas, les llenaba de temor.

Las poderosas manos de Keydur rasgaron el pergamino.

—Conquistaré Smuria, pasará a cuchillo a sus habitantes y Dyra será mi mujer —bramó, lívido de ira—. Ordenad un ataque en masa. ¡Ahora mismo!

Smuria había sido siempre un país pacífico, por lo que sus habitantes no habían juzgado necesario levantar murallas. Tras los primeros ataques de Keydur, se habían construido unos rudimentarios parapetos, en los cuales se hallaban ahora trescientos hombres armados de ballestas.

Los guerreros de Keydur avanzaron a paso de carga, con sus lanzas de tres metros de largo en ristre. Además, llevaban una corta espada, para emplearla en el cuerpo a cuerpo.

Era un espectáculo impresionante, se dijo Nick, mientras contemplaba el avance de aquellas legiones cubiertas de hierro. Ennus estaba junto a él.

—Que nadie dispare todavía —dijo Nick—. Dejadlos que se acerquen a cincuenta pasos; de este modo, habrá menos fallos en el tiro.

Corthonis y sus oficiales recorrían las líneas constantemente, recomendando serenidad. Los atacantes avanzaban en espesa formación, un colosal erizo de más de dos mil lanzas, capaz, en apariencia, de traspasar aquella débil línea.

Detrás de los atacantes, extrañas trompetas de enormes dimensiones lanzaban a los aires chillonas melodías. Al fondo, Keydur, montado sobre un enorme elefante, contemplaba el avance de sus huestes.

Los kdaviuranos llegaron al fin a las inmediaciones de su objetivo.

—¡Ahora! —gritó Nick.

Trescientas ballestas dispararon al mismo tiempo otras tantas saetas.

CAPITULO V

El efecto de la descarga fue prodigioso.

Nick calculó que, a pesar de todo, se habrían perdido treinta o cuarenta saetas, pero una fila entera de guerreros desapareció, como barrida por un vendabal de muerte.

Los siguientes, desconcertados, se detuvieron. Otra lluvia de saetas cayó silbando sobre ellos. Doscientos guerreros más se desplomaron, con sus corazas perforadas como si hubieran sido de simple tejido.

El pánico se apoderó de los asaltantes. Gritando de pavor, dieron media vuelta y escaparon a todo correr, ante la furia y desesperación de Keydur.

—¡Una saeta más! —gritó Nick.

Un centenar de guerreros cayeron, alcanzados por la espalda. Keydur estaba estupefacto.

Jamás le había sucedido una cosa semejante. En unos minutos había perdido la cuarta parte de sus tropas más selectas, los hombres acorazados, invencibles hasta entonces.

—Eso es obra del maldito extranjero —dijo Keydur, que ya conocía por sus espías la presencia de Nick en Smuria.

—¿Y si nos apoderásemos de él? —sugirió Dohar, el general que mandaba las fuerzas—. Podríamos obligarle a que emplease su ingenio en nuestro favor...

—No me hace falta para nada ese estúpido extranjero —barbotó Keydurcoléricamente—. Ordena que loselefantes se preparen para atacar; romperemos la línea de defensa y asaltaremos la ciudad.

—Como tú mandes, señor —contestó Dohar, ocultando la decepción que sentía por la negativa recibida.

Hombre inteligente, presentía que la presencia de Nick en Smuria iba a costarles un desastre. Por ello había ordenado a uno de sus espías que lo asesinara, pero el hombre había fallado lamentablemente y ahora estaban tocando las consecuencias.

—Los elefantes se preparan para atacar —dijo Corthonis, que estaba observando el campamento enemigo.

—Ya lo veo —respondió Nick—. Hay cuarenta y cada uno de ellos, además del conductor, lleva cuatro flecheros. Corthonis, tus ballesteros deberán disparar ahora a doscientos pasos. Cinco hombres por cada elefante y quedarán cien en reserva. No hay límite para la utilización de saetas, ¿entiendes?

—Sí, perfectamente.

Los hombres acorazados se habían rehecho a milpasos y ahora avanzaban detrás de los elefantes. A Nick le recordó las batallas con tanques de su mundo.

Los elefantes avanzaban al paso. Al fondo, muy a lo lejos, se veía la caballería. Keydur no juzgaba necesario emplearla por el momento.

—Piensa que podrá romper nuestra línea —calculó Nick, mientras contemplaba el avance de los paquidermos.

Los ballesteros aguardaban impávidos. Su moral era altísima; habían derribado quinientos enemigos, sin sufrir una sola baja. Delante de ellos, el suelo estaba cubierto de cadáveres.

—Luego recobramos las saetas; no podemos permitirnos el lujo de malgastar una sola, mientras se pueda.

Ennus asintió; era una decisión acertada.

Los elefantes aceleraron su paso. Corthonis calculaba la distancia.

—¡Ahora! —gritó.

Las largas varas de metal brillaron al sol. La potencia de disparo, unido a la inercia de su propio peso, hizo que las saetas traspasaran fácilmente la gruesa piel de los paquidermos. Uno o dos cayeron fulminados, y muchos otros se agitaron incómodos.

—Más, más —pidió Nick.

Las saetas volaban como espesa lluvia de hierro, acribillando a los elefantes. Caían los enormes animales, lanzando por tierra a sus ocupantes, que eran fulminados por certeros saetazos, antes de que pudieran escapar. Detrás de ellos, la infantería acorazada vacilaba visiblemente.

Quince elefantes, más o menos heridos, volvieron grupas y escaparon enloquecidos. Los demás yacían por tierra convertidos en inútiles

moles de carne.

Keydur se desgañitaba, vomitando imprecaciones contra sus hombres. Bajo el estímulo de las voces y los latigazos, los hombres acorazados avanzaron, pero cuando una descarga general perforó sesenta o setenta blindajes individuales, los demás giraron en redondo y escaparon acobardados.

—Eleven ahora el tiro —ordenó Nick.

Quería probar el alcance real de las ballestas. Trescientas saetas describieron brillantes parábolas en el cielo y empezaron a caer a más de quinientos pasos de su punto de partida.

Varios guerreros de la escolta personal de Keydur se desplomaron, atravesados de parte a parte por aquellos largos palos de metal. El propio Keydur se quedó sin su montura, cuando una saeta traspasó la frente de su caballo, que se derrumbó instantáneamente.

La retirada fue general y Keydur no figuró entre los últimos precisamente.

—Ha sido una sangrienta derrota —dijo Ennus, satisfecho.

—Keydur levantará el sitio —exclamó Dyra, con ojos brillantes—. Y te lo deberemos a ti...

Nick meneó la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro de ello —contradijo—. He visto muchos caballos y me extraña que Keydur no los haya lanzado al asalto.

—En Kvadiur no andan muy sobrados de caballos —explicó Dyra—. Keydur los empleará sólo en último caso. De momento, sólo los tiene como fuerza intimidatoria, pero si ve llegada la ocasión, los lanzará contra nosotros.

—Y será muy difícil que podamos resistir una carga de cuatro mil jinetes —adujo Ennus—. Una de las razones por las cuales Keydur se muestra tan parco en la utilización de su caballería, es el exorbitante precio de los animales. Por el importe de un caballo, puede tener diez infantes y aún más.

—Extraño mundo éste, donde se emplean armas poco menos que prehistóricas y las finanzas son objeto de tanta atención —comentó Nick sonriendo—. Ennus, te propuse una excursión a los pantanos —

recordó.

—Estoy dispuesto, Nick —aceptó el aludido valerosamente.

—Entonces, con el permiso de Dyra, haremos hoy mismo la excursión. De su resultado depende que podamos rechazar o no la carga de caballería que, un día u otro, lanzará Keydur, podéis estar seguros de ello.

—Pero nadie va a los pantanos —dijo Dyra temerosamente—. Son terrenos donde reina la muerte...

—Nosotros iremos y volveremos —aseguró Nick, con la sonrisa en los labios.

* * *

Desde el borde de la zona pantanosa, en lo alto de una pequeña loma, Nick contempló aquel vasto sector mefítico, en el que sólo crecían algunas plantas de extraña apariencia. A su izquierda, se veía el mar, separado de los pantanos por una barrera de lomas de escasa elevación.

Nick pudo apreciar que el pantano se encontraba a un nivel superior sobre el mar. «Es cuestión de unos cuantos canales de desecación», pensó.

Abundaban las fumarolas y sobre aquella horrible zona flotaba una nube de gas mefítico. Los manantiales, juzgó Nick, contenían una enorme proporción de azufre, pero, aunque abundantes, eran de caudal muy escaso. Faltos de salida, formaban extensos charcos mefíticos, alrededor de los cuales se veían extensísimas manchas blanquecinas.

El salitre abundaba por todas partes.

—Desaparecerá cuando se deseeque y se trabaje el suelo convenientemente, aunque será labor de varios años —dijo Nick.

—¿Piensas desecar el pantano? —preguntó Ennus, asombrado.

—Cuando llegue la paz, eso es lo que haré, con la ayuda de hombres como Dirmos y Milos —sonrió el joven—. Bien, vamos a prepararnos para entrar en el pantano; haz puntualmente lo que yo te diga y no te

sucedará nada.

En el equipo del avión que tenía a bordo del yate, había encontrado dos pares de gafas, una de las cuales fue para Ennus. Luego se colocaron en el rostro unas máscaras hechas de tela, con abundantes dobleces, yempapadas abundantemente en agua de colonia que había encontrado en el Anthea. Nick había reforzadola colonia con una buena dosis de alcohol puro, con lo que los pulmones estaba protegidos por aquel filtro.

Las gafas, a su vez, protegían los ojos de los gases que se desprendían del pantano.

Provistos ambos de sendas pértigas, para tantear el suelo, así como de unos saquitos de tela, se adentraron lentamente en la zona en que jamás había entrado un solo smuriano.

* * *

Los combates continuaban.

A diario se reñían escaramuzas, en las que siempre había bajas. Nick empezó a pensar que Keydur empleaba la táctica de desgastar las fuerzas defensoras. Milos había terminado ya su trabajo y Dirmos había construido otras trescientas ballestas, con sus respectivas cargas de saetas.

—Tenemos que provocar un ataque de Keydur —dijo Nick, semanas después en un pequeño consejo de guerra celebrado con Dyra, Ennus y Corthonis.

—Dudo mucho de que Keydur caiga en ninguna trampa —objetó Corthonis—. Es un bárbaro, pero también un hombre astuto.

—El hombre más astuto, a veces, sobrevalora su propia inteligencia —sonrió Nick—. Tenemos todo dispuesto para asestarle un golpe final, pero lo que no podemos hacer es permitir esta sangría diaria, que acabará, pese a todo, con el número de defensores.

—Hay otra cosa que tener en cuenta —añadió Dyra—. Los víveres.

—Es cierto —convino Ennus—. Hasta ahora, hemos podido comer sin

restricciones, pero si esto continúa así durante un par de semanas más, la situación se tornará muy crítica.

—Las fuerzas de Keydur talaron nuestros árboles y arrasaron los sembrados —dijo la joven—. Cuando expresó sus pretensiones de casarse conmigo, yo lo consulté a mi pueblo. La negativa fue unánime; no se trataba ya solamente de la suerte de una persona, yo, sino de la esclavitud de millares de seres humanos.

—A Keydur le ajustaré yo las cuentas algún día—murmuró Nick—. La lástima es que no tendremos tiempo de fabricar nuevas armas, para emplear los materiales que hemos traído del pantano, pero si Keydur no se retira tras su próximo ataque, tendré que recurrir a medios más drásticos.

Nick pensaba en el salitre y el azufre que, combinados adecuadamente con el carbón vegetal, podían dar lugar a la pólvora. Por ahora, sin embargo, prefería seguir luchando con los procedimientos ya empleados, además de los artefactos construidos por Milos, el armador.

—¿Qué clase de trampa le piensas tender a Keydur? —preguntó Dyra, tras una ligera pausa de silencio.

Nick sonrió.

—Mañana sabremos si da resultado o no —contestó enigmáticamente.

CAPITULO VI

Los centinelas de las avanzadas kdaviuranas observaron a la mañana siguiente un gran estrépito en los parapetos de los sitiados. Oyeron voces, gritos, entrechocar de armas y luego vieron muchos cuerpos tendidos por el suelo.

También vieron seis enormes molinos de viento, pero pensaron que se trataban de aparatos contruidos paramoler grano. Las disputas de la primera línea smuriana les interesaban mucho más.

Estaban peleándose entre sí. De pronto, un smuriano saltó del parapeto y echó a correr hacia el campo enemigo.

—Los smurianos se pelean entre sí —informó excitadamente—. Están hambrientos, cansados y desmoralizados. Unos quieren destronar a Dyra y otros se les oponen, pero son los menos...

El oficial que mandaba las avanzadas ordenó que el desertor fuese conducido a presencia de su rey. Una vez delante de Keydur, Ennus, quien no había querido que otro corriese el riesgo de ser descubierto, repitió el mismo informe.

Los ojos de Keydur se iluminaron.

—¡Por los grandes dioses de la nación de Kdaviur! —exclamó—. Esta es la ocasión que estábamos buscando. Dohar, ordena que se prepare la caballería para atacar en vanguardia. Yo, personalmente, dirigiré el ataque.

—Sí, señor —contestó el general, no menos satisfecho que su rey por las noticias recibidas.

—Cuando haya conquistado a Smuria y a su reina, te cubriré de oro, mensajero —dijo Keydur, rebosante de alegría.

Ennus se inclinó.

—Mi única recompensa consiste en haberte servido, señor —respondió.

Ennus permaneció en la tienda regia hasta que Keydur, al frente de sus

cuatro mil jinetes, inició la cabalgada que le había de llevar, según creía, hasta la ciudad sitiada. Entonces, viendo que nadie se preocupaba de él, desapareció discretamente.

Una de las diversiones favoritas de Keydur era, personalmente, despellejar a sus prisioneros. Ennus no sentía el menor deseo de conocer en carne propia las habilidades de Keydur como desollador.

* * *

La gran polvareda que se veía a lo lejos anunció a Nick la inminencia del ataque.

Los muertos en el motín habían sido numerosos. Todos, sin embargo, gozaban de buena salud.

Cuando llegase el momento, pelearían con sus ballestas. Desde las avanzadas enemigas, a unos mil pasos, las vanguardias sitiadoras contemplaban asimismo el avance de la caballería.

Delante de los parapetos, a pocos pasos de distancia, había numerosos montones de leña, en la que se habían colocado grandes cantidades del salitre y el azufre transportados por Nick y Ennus en innumerables viajes.

Al pie de los molinos, en realidad, unos gigantescos ventiladores de casi diez metros de altura, aguardaban sendas escuadras de hombres que los harían funcionar mediante una sencilla transmisión, ideada por Nick y fielmente realizada por Milos.

Los ventiladores, cuyas aspas tenían una gran superficie, estaban sólidamente anclados al suelo. Nick vio que los jinetes se hallaban ya a unos dos mil pasos y ordenó encender las hogueras.

Un centenar de fuegos se prendieron a los pocos momentos. Espesas columnas de humo blanco y apestoso se elevaron en el aire.

—Tratan de cegarnos con humo, rey Keydur —gritó el general Dohar.

—¡Bah, un poco de humo no nos detendrá! —contestó Keydur despectivamente.

Sacó la espada y, tendiéndola hacia delante, se volvió hacia sus guerreros.

—¡Adelante! —gritó con poderosa voz—. Smuria os espera; hay riquezas sin cuento y miles de mujeres hermosas. Todo eso será para vosotros. ¡Adelante, adelante!

Cuatro mil caballos batieron ruidosamente el suelo con sus cascos herrados, iniciando una carga feroz. Nick hizo una señal y los molinos empezaron a girar, lentamente al principio, con mayor rapidez después.

El viento que levantaban empujó el humo hacia las filas de los atacantes, con cierta lentitud al principio y luego con mayor fuerza, a medida que las aspas aumentaban su velocidad.

En pocos momentos, se provocó un vendaval artificial que, sin apagar las hogueras, enviaba hacia los jinetes espesas nubes de humo mefítico e irrespirable. Los ojos de hombres y bestias acusaron bien pronto los efectos del gas, así como sus pulmones, apenas inhalaron el humo procedente de las hogueras. Keydur no fue una excepción a la regla y tosió y lagrimeó espantosamente.

Cegados hombres y caballos, se produjo un enorme desorden. Por si fuera poco, los ventiladores levantaban también gran cantidad de polvo y arenilla que hacía imposible la visión. Los caballos se encabritaban y derribaban por tierra a sus jinetes, mientras los «muertos» smurianos, riendo jubilosamente, se levantaban y requerían sus armas de nuevo.

La retirada se impuso y se efectuó en el más absoluto desorden, con gran parte de soldados desprovistos de sus caballos. Entonces, inesperadamente, seiscientos ballesteros, divididos en dos mitades idénticas, aparecieron por los flancos del ejército en derrota y empezaron a disparar sus saetas.

Fue un simple ejercicio de tiro al blanco. Cuando los ballesteros iniciaron su retirada hacia las líneas propias, cerca de mil caballeros yacían por el suelo.

Keydur había conseguido escapar, a pie, con las ropas destrozadas y el corazón rebotante de ira. Buscó alfalso desertor, pero no lo encontró.

El convencimiento de que había sido atraído a una trampa no mejoró su humor, sino todo lo contrario. La gota de agua que hizo rebosar el vaso de su humillación, fueron las noticiás que le trajo el general

Dohar, acerca del bajo espíritu combativo de sus tropas.

—Quieren regresar a casa, señor —declaró Dohar—.

Y no creo que, pese a tu ascendiente sobre ellos, consigas llevarles de nuevo a otro ataque, en el que sólo cosecharían desastres.

Keydur era lo suficientemente comprensivo para saber que Dohar le decía la verdad, por ello no protestó en absoluto.

—De acuerdo —dijo—. Nos volveremos a Kvadiur. Pero habrás de buscarme a un par de docenas de hombres dispuestos a todo. Les pagaré su peso en oro, si es necesario, y habrán de secundarme en todo cuanto les ordene. Tú puedes iniciar el regreso con el ejército; yo me quedaré... ¡porque si de algo estoy seguro es de que Dyra se convertirá en mi esposa!

Dohar se inclinó. Keydur cedía en lo principal y esto era lo que más le importaba.

—Ojalá consigas tus deseos —contestó.

—La desecación de los pantanos será fácil, aunque no se realizará en una semana; probablemente nos costará años, pero al fin quedará eliminada esa zona.

Dyra, Corthonis y otros dos hombres, asistían a la conferencia que se desarrollaba en el palacio. Nick había desplegado un mapa de los pantanos sobre la mesa y señalaba en él los puntos en que se iniciarían los trabajos de desecación.

Los otros asistentes eran Dirmos, el forjador, y Milos, el constructor de buques y afortunado realizador de los ventiladores, que habían servido para culminar la derrota de los atacantes. Junto al mapa, Nick había hecho algunos diseños sobre sendos pergaminos.

—Lo primero que habrá que construir serán gafas protectoras para los ojos de los trabajadores, y de ello os encargaréis vosotros, Dirmos y Milos. Mientras, Corthonis, si no tiene inconveniente, buscará a los tejedores para que fabriquen las máscaras que protegerán los pulmones de los hombres que inicien los trabajos de desecación.

»En la primera etapa sólo podremos emplear hombres. Abriremos en primer lugar un canal, en el punto más bajo, aquí —señaló Nick con el dedo—. La desecación se iniciará lentamente, apenas las aguas estancadas tengan salida. Cuando tengamos abiertos un par de

canales, la atmósfera habrá mejorado considerablemente y entonces podremos usar caballos, que arrastrarán las máquinas excavadoras que Dirmos y Milos construirán. En un año, el pantano estará casi seco; entonces será llegado el momento de iniciar la segunda fase; el movimiento de tierras, para eliminar el salitre y el azufre.

—Pero el agua continuará saliendo de los manantiales...

El alegato era de Dyra. Nick sonrió.

—No podremos cegarlos, efectivamente —admitió—, pero podremos canalizar sus cursos y reunirlos en uno o dos, aparte de que podremos construir un tercer canal, trayendo parte de las aguas del río que surte a la ciudad. Ello aminorará la proporción de sustancias tóxicas y, en pocos años, salvo unas pequeñas zonas, perfectamente delimitadas, habremos conseguido la creación de una extensa área, absolutamente saludable y productora de alimentos de todas clases.

—Un proyecto magnífico —aprobó Corthonis—. Y si la reina no tiene inconveniente, yo pondré a trabajar a mis soldados. Hasta ahora, han empuñado la espada; a partir de este momento, usarán sólo las herramientas de la paz.

Estaban solos en la terraza. Dyra vestía según su costumbre. Nick la encontraba más hermosa que nunca. —¿De dónde vienes tú? —preguntó ella, apoyada en la balaustrada de la terraza—. Nunca has sido demasiado explícito acerca de tu origen —se quejó.

—Mi país es una tierra hermosa, pero en la que ya no se vive bien —contestó él, pensando en la civilización que había abandonado a la fuerza—. Están muy adelantados científicamente, pero no han conseguido vuestro raro equilibrio espiritual. Si he de serte sincero, no lo echo de menos.

—¿Te agrada Smuria, Nick?

—Si pudiera, me quedaría aquí para siempre, Dyra.

—¿Qué te hace creer que eso es un imposible?

Nick contempló a la joven durante unos instantes. Dyra poseía una serena belleza que la hacía inmensamente atractiva. Pero era una reina y él un simple mortal, pensó.

—¿Te agradecería que me quedase aquí para siempre? —preguntó.

Dyra se le acercó y le puso las manos sobre los hombros. Nick observó el brillo de sus negros ojos y el suave palpitir de su seno de diosa. Los labios de la joven, frescos y jugosos, estaban entreabiertos.

—No me gustaría que un día te marchases tan misteriosamente como has llegado —dijo ella—. Creo que eres un hombre muy superior a los demás; has salvado a mi reino de la esclavitud y ello merece inmensa gratitud por parte de todos.

Dyra hizo una corta pausa.

—Y yo soy la primera en agradecértelo —añadió, acercándosele más todavía.

El impulso que los unió en un estrecho abrazo fue irresistible. Pero no llegaron a consumir el beso.

* * *

Ruidos extraños sonaron en las inmediaciones. Dyrase volvió, alarmada.

Varios hombres aparecieron súbitamente en la terraza, capitaneados por un sujeto de grandes barbasy gigantesca estatura.

—¡Keydur! —gritó la joven.

—Yo mismo —contestó el kdaviurano, sonriendo ferozmente—. Vamos, cargad con ella.

Nick se habla quedado un instante atónito, paralizado por el asombro que le había causado la inesperadairrupción de los extranjeros. Pero reaccionó rápidamente y, saltando ferozmente sobre el primero, le arrebató la espada y lo traspasó de parte a parte.

El guerrero cayó, lanzando un aullido. Dyra chillaba, forcejeando Con cuatro hombres, que se la llevaban hacia la balaustrada, mientras Keydur profería espantosas imprecaciones.

Nick atacó a otro de los asaltantes. Entonces sintió un vivísimo dolor en la espalda.

La conciencia se le nubló y empezó a caer. Dyra chilló agudísimamente al verlo yacer en el suelo, con la espalda llena de sangre.

Un espeso manto cayó sobre ella, privándola de la visión y ahogando sus voces de socorro. El horror de su situación y la impresión que le había causado la muerte de Nick, fueron para ella dos factores que no pudo resistir y, de pronto, perdió el conocimiento.

—Se ha desmayado, rey Keydur —dijo uno de los secuestradores.

Una torva sonrisa apareció en los labios del gigante.

—Mejor, así no nos molestará en absoluto durante un buen rato. ¡Vámonos!

CAPITULO VII

Lentamente, Nick fue recobrando la consciencia. Quiso moverse, pero

una voz suave le recomendó quietud.

—Estás muy mal herido —dijo Ennus, inclinado sobre él—. Llegamos a creer que morirías, pero, por fortuna, tu atacante no resultó un buen esgrimidor.

—¿Dónde está... Dyra? —preguntó Nick con voz muy débil.

—No hables ahora... Descansa, trata de recobrarte... Hablaremos cuando estés repuesto...

Durante días enteros, Nick se vio constreñido a permanecer en el lecho. La gravedad de la herida consistía, sobre todo, en la pérdida de sangre.

Pero era un hombre joven y tremendamente robusto. Su fortaleza física alejó las sombras de la muerte y al fin llegó el momento de la convalecencia.

—Dyra está en el nido de águilas de Keydur —le dijo Ennus, cuando al fin Nick pudo sentarse en la cama, sobre un montón de almohadones.

—Un castillo, ¿eh?

—Algo por el estilo. Es completamente inaccesible, salvo por un punto que, como puedes comprender, está estrechamente vigilado. La fortaleza es inexpugnable y ha resistido durante siglos los peores ataques de los enemigos de los reyes de Kdaviur.

—Sigue —pidió Nick—, dame más detalles.

—La residencia de Keydur está a diez jornadas de marcha a caballo.

«Cuatrocientos kilómetros aproximadamente», calculó Nick.

—...Y se halla edificada en la cumbre de una altísima montaña, cuyas pendientes, salvo por la ladera donde se halla el camino de acceso, constituyen enormes abismos de más de mil pasos de profundidad. El sendero, puedes comprenderlo fácilmente, es muy estrecho y bastaría un pelotón de arqueros para impedir el paso a cualquier ejército atacante.

—Comprendo. ¿Cómo sabes que Dyra está allí, Ennus?

—Nuestros exploradores, cuando nos enteramos del rapto, trataron de seguir a Keydur y sus esbirros, sin resultado alguno. Keydur, ya lo sabes, es muy astuto; contó con el factor sorpresa y, además,

previsoriamente, hizo preparar relevos de caballos a lo largo de la ruta. De este modo, consiguió llegar a su fortaleza en la mitad del tiempo que se emplearía normalmente.

—Un golpe bien planeado —calificó Nick, sombrío.

—Sí. Corthonis quería ir al rescate de mi prima, pero yo le aconsejé que aguardase a tu restablecimiento, apenas supimos que te salvarías. Tú, mejor que nadie, sabrás cómo conseguirlo.

—Habéis hecho bien, Ennus. El rescate de Dyra no es cuestión de un ejército que, a juzgar por lo quedices, sería derrotado fácilmente. Yo solo iré a buscarla y la traeré de nuevo a Smuria.

—¿Tú? —se asombró Ennus.

—Sí, ¿por qué no? —sonrió Nick.

—A dos jornadas de marcha, el camino se torna muy accidentado. Estará férreamente vigilado. Además, tendrás que pasar por la nación de las mujeres guerreros...

—¿Mujeres guerreros? —se extrañó Nick.

—Sí; Antinia, el país donde gobiernan las mujeres, bajo el imperio de la reina Shalea. Si te ven, te harán su esclavo...

—No importa; pasaré por encima de Antinia —aseguró Nick, para pasmo y estupefacción de su amigo—. Dime, ¿se habrá casado Keydur con Dyra?

—Es lo más probable —contestó Ennus tristemente—. Ella habrá intentado resistirse...

Ennus no terminó la frase, cuyo significado, por otra parte, se entendía fácilmente.

—No importa —dijo Nick, resuelto—. Un matrimonio no se celebra si una de las dos partes no consiente en ello, y aunque se celebre, si uno de los cónyuges es forzado a ello, el enlace carece de legalidad. Por tanto, aunque Keydur haya obligado a Dyra a casarse con él, yo no considero a Dyra como la esposa de ese forajido.

—Sí, pero temo que a Keydur no le importe demasiado tu opinión, Nick —manifestó Ennus.

—Ya me lo supongo —sonrió el convaleciente—. Y ahora, Ennus, por

favor, dime cómo van los trabajos de desecación. Es muy importante convertir en fértil esa zona deshabitada, para que Smuria algún día llegue a ser un emporio de riqueza, más de lo que es en la actualidad.

Ennus miró atónito a su amigo. Estando Dyra en poder de su cruel enemigo, ¿cómo era posible que se ocupase de un asunto tan distinto?

Pero confiaba en él y presintió que rescataría a Dyra.

—Sí, desde luego —contestó—. Las gafas protectoras y las máscaras funcionan eficazmente...

* * *

Todavía se sentía un poco débil, pero no quería perder ya más tiempo. Aun así, habría de pasar todavía una semana antes de que se sintiese con la fuerza de costumbre, mientras terminaba de preparar los elementos que necesitaba para el rescate de Dyra.

Una viva emoción le acometió cuando vio de nuevo la familiar silueta del Anthea. Las cajas que contenían el avión desarmado estaban allí, completamente intactas. Ennus, con un grupo de conductores de grandes carretas, aguardaba en el muelle.

—Ven, acompáñame —pidió.

Atravesaron la pasarela y saltaron a cubierta. Nick se dirigió a la cámara, a fin de buscar algunas herramientas que le permitiesen desmontar los cajones del embalaje.

Dos porteadores se encargaron de transportar la caja de granadas de mano. Luego, cuando Nick pasaba por la cámara, vio un montón de viejas revistas sobre una mesa.

Una extraña ansia de recordar lo que ya consideraba tiempos pasados atacó de repente su ánimo. Cargó con las revistas y se prometió releerlas a la noche, antes de dormir.

La borda del yate fue desmontada parcialmente y se estableció una ancha pasarela de recios tablones. Nick dirigía los trabajos personalmente; no quería que las distintas partes del avión sufrieran el menor daño.

Una vez había intervenido como piloto «doble» del protagonista en una película sobre combates aéreos en la guerra. Aquella sencilla avioneta de dos plazas no iba a ser, por tanto, difícil de manejar.

Un nutrido grupo de trabajadores explanaba la pista, al otro lado de los parapetos donde se había luchado con éxito contra los guerreros de Keydur. Las distintas partes del avión fueron conducidas hasta allí, así como los bidones del combustible que debía alimentar su motor.

Aquel día se consumió íntegro en el traslado. Al llegar la noche, un tanto fatigado, Nick se tendió en el lecho, tras una sustanciosa cena, y empezó a leer.

Un artículo llamó inesperadamente su atención. Lo leyó de cabo a rabo y volvió a releerlo sin perder punto ni coma.

—¿Estará en ese enigma la solución de mi traslado a este mundo? —se preguntó.

Según el artículo, existía una zona en el Atlántico, situada entre Florida, Haití y las Bermudas, donde, desde 1881 habían desaparecido misteriosamente barcos y

aviones, sin dejar el menor rastro y sin que se hubiera conocido jamás su suerte.[1]

Según la leyenda, aquella zona recibía el nombre de Triángulo del Diablo. En 1918 había desaparecido un barco, el Cyclops, con más de trescientas personas a bordo.

En 1945, cinco cazas norteamericanos se habían esfumado misteriosamente. Jamás se había vuelto a saber de ellos ni de sus pilotos. Tres años más tarde, un avión de pasajeros británico había desaparecido igualmente. Desde que se conocieron la existencia de extraños fenómenos, en la primera fecha citada, habían sido más de 2.000 las personas desaparecidas, en barco y en avión, de las cuales no se había vuelto a tener la menor noticia, sin que tampoco hubiera sido hallado el menor rastro de buques ni de aeroplanos.

El Triángulo del Diablo era uno de los dos lugares de la Tierra donde la brújula indica el Norte geográfico y no el Norte magnético. Sus antípodas están en un sector situado entre el sur del Japón, la isla de Guam y las Filipinas, y ese sector del Pacífico es conocido por el nombre de Mar del Diablo.

¿Estaba allí la solución del enigma que todavía no acababa de

explicarse?

Cansado, Nick dejó de pensar en ello y se durmió profundamente.

El avión había sido montado y todos los mandos obedecían a la perfección. En la cabina posterior, Nick colocó, además de uno de los dos paracaídas que había encontrado entre el material de pertrechos del aparato, un barril con cerca de cien litros de combustible. La distancia a recorrer era de casi ochocientos kilómetros y no tendría bastante para la ida y la vuelta sólo con la gasolina contenida en los tanques.

Había un pequeño departamento en el fuselaje para los equipajes. Nick colocó un mono de abrigo y un par de botas hechas especialmente para Dyra por su zapatero, que conocía sobradamente bien las medidas de su pie. Lo único que lamentaba Nick era no disponer de una buena ametralladora, pero ya se había resignado a la carencia de armas de fuego.

Ennus y otros smurianos, entre ellos Corthonis, Dirmos y Milos, le contemplaban con enorme curiosidad. Nick había asegurado que aquella extraña máquina volaba y todos estaban ansiosos por ver a un ser humano elevarse en los aires.

Además de su paracaídas y de un sólido puñal de combate, Nick se llevaría una buena provisión de granadas de mano. Terminado de equiparse, subió a la cabina, se sujetó las correas y puso en marcha el motor.

La gente se apartó, asustada, del avión, al percibir el estrépito del motor. Nick lo calentó breves minutos; no pensaba hacer ninguna prueba del aparato, sino dirigirse en vuelo directo al nido de águilas de Keydur.

Si el avión no funcionaba ahora, no funcionaría de ninguna manera.

La hélice era un disco plateado contra el azul del cielo. Nick observó los instrumentos atentamente y, cuando estuvo seguro de haber llegado al régimen conveniente, soltó los frenos.

El avión empezó a rodar, lentamente al principio, con mayor rapidez después. Nick aceleró hasta alcanzar la velocidad mínima de sustentación; entonces tiró suavemente de la palanca hacia sí y el avión se elevó graciosamente en el aire.

Ennus y los demás estaban atónitos. Para ellos era algo

completamente fantástico, fuera de toda imaginación. Nick alcanzó unos trescientos metros de altura, viró suavemente y descendió unos ciento cincuenta metros.

Pasó a gran velocidad sobre las cabezas de sus amigos. Agitó el brazo, sonriendo al pensar en el asombro de los smurianos.

«¿Qué les parecerá?», se preguntó.

Dio una segunda pasada, haciendo atronar el motor sobre la improvisada pista y luego, ya sin más, empezó a ganar altura, a la vez que tomaba el rumbo de Kdaviur.

* * *

El avión era un aparato sencillo, de entrenamiento primario, cuya velocidad máxima era de ciento noventa kilómetros a la hora. Nick lo mantuvo en un moderado régimen de crucero, de unos 155-160 kilómetros por hora, a fin de economizar combustible. Media hora más o menos no le iba a representar ningún grave perjuicio en el intento de rescate de Dyra.

Dos horas más tarde cruzó por encima de Antinia, el país de las mujeres guerreros. Casi en seguida franqueó los límites de Kdaviur.

El suelo era terriblemente accidentado. En vano buscó Nick un trozo de terreno donde poder posarse sin riesgos. Sólo vio una extensa explanada, con cierta pendiente, al borde de un gigantesco cráter, pero aquella supuesta pista se hallaba a demasiada distancia de la fortaleza de Keydur, unos cuarenta kilómetros, calculó más tarde.

Pronto divisó el castillo. Nick se quedó atónito al contemplar aquella abrumadora mole de piedra, situada en la cumbre de la montaña descrita por Ennus.

El primo de Dyra se había quedado corto. Nick, por medio del altímetro terrestre y volando al nivel de las altas torres de la fortaleza, calculó que en algunos puntos la distancia de la cima a los valles del fondo rebasaba los mil metros.

Hacia el norte, las paredes eran particularmente inaccesibles, cayendo a plomo durante cientos de metros. Nick evolucionó a sólo ciento

veinte kilómetros por hora, con el fin de buscar algún indicio que le permitiera adivinar el lugar donde se alojaba Dyra.

El castillo era invulnerable a los ataques por tierra. Nick pasó a escasa altura de un patio interior de grandes dimensiones, en uno de cuyos lados apareció una colosal escalinata. Debía dar, supuso, a la parte donde Keydur tenía su residencia privada.

El patio estaba lleno de hombres armados, que contemplaban sus evoluciones con asombro y temor. Nick volvió a sobrevolar aquel punto y, asomándose parcialmente, dejó caer un par de bombas de mano.

Las explosiones sembraron el terror entre los soldados, que se dispersaron apresuradamente. Nick comprendió que debía abandonar su plan de tomar tierra en las inmediaciones de aquel nido de águilas y viró de bordo, dirigiéndose, no sin resignación, a la explanada situada a cuarenta kilómetros de distancia, en la frontera de Kdaviur con Antinia.

Al llegar cerca del punto elegido para el aterrizaje, volvió a ver el cráter, cuyas dimensiones estimó en casi dos mil metros de diámetro por una profundidad que no sería menor de mil o más. El fondo resultaba invisible a causa de su misma profundidad. Nick enfiló la explanada y, para ello, debió pasar justo por encima del cráter.

Cuando estaba a la mitad de la travesía, sintió que una terrible fuerza tiraba del avión. Dio gas a fondo, sin comprender en absoluto lo que sucedía, y apenas si pudo posar las ruedas del aparato a escasos metros de aquel siniestro pozo.

El avión rodó un par de centenares de metros cuesta arriba. La pendiente misma facilitó el frenado. Nick lo hizo rodar todavía otros doscientos metros y al fin paró el motor.

Dejó el aparato con el morro hacia arriba y saltó al suelo. Calzó las ruedas rápidamente con un par de gruesos pedruscos y luego relleno los tanques con el combustible de repuesto.

Para despegar sólo tendría que hacer virar el avión.

La misma pendiente le haría ganar velocidad, facilitando así su maniobra.

Una vez hubo terminado las operaciones, se equipó para lo que estimaba la etapa definitiva del plan de rescate y, sin más pérdida de

tiempo, emprendió la marcha hacia la fortaleza de Keydur.

CAPITULO VIII

Los kdavurianos estaban aterrados por los vuelos de aquel extraño pájaro de metal, que arrojaba atronadoras bolas de mortífero fuego. El mismo Keydur no las tenía todas consigo, aunque disimulaba su temor con un espantoso mal humor.

A grandes zancadas se dirigió hacia el conjunto de habitaciones que habían sido asignadas a su prisionera.

Abrió la puerta y tanto Dyra como las dos mujeres que le servían como doncellas miraron hacia allí.

—Salid —ordenó Keydur con voz de trueno.

Las doncellas se apresuraron a cumplir la orden. Dyra se puso en pie lentamente.

—¿Qué quieres de mí, Keydur? —preguntó.

—¿Qué quiero, dices? —rugió el gigante—. ¿Es que no lo adivinas?

—Pierdes el tiempo —respondió ella, impasible—. Jamás me casaré contigo.

—Serás mi esposa, te lo aseguro; de grado o por fuerza. Mañana mismo; hoy enviaré mensajeros a todos los jefes de tribus de mi reino para que asistan a la ceremonia y al banquete nupcial. Mañana, Dyra, reina de Smuria, será también reina de Kdaviur —aseguró Keydur con voz tonante.

—¿De veras? —preguntó Dyra con ironía en la voz—. ¿No querrás decir mejor que Keydur quiere ser también el rey de Smuria?

—¡Pues claro que sí! —una homérica carcajada sacudió el corpachón del coloso—. Ya era hora de que lo comprendieras, preciosa.

—Lo he comprendido desde el primer mensaje que me enviaste. Gracias, pero renuncio de antemano al honor de ser tu esposa. Elige a otra; no te faltarán pretendientes al trono de este reino de bandidos y asesinos. ¡Pero yo no me casaré contigo!

Keydur sonrió burlonamente.

—¿Todavía estás enamorada del extranjero? Murió el día en que te secuestramos. Olvídalo, ya no es más que un puñado de huesos en el seno de la tierra.

Dyra no dijo nada.

Presentía, después de haberlo creído muerto, que Nick vivía todavía. Y si no, ¿de dónde había salido aquella fantástica máquina voladora que sólo un hombre de su inteligencia podía haber construido?

—Y aunque sigas enamorada de él, tampoco me importa en absoluto —continuó Keydur—. He dicho que vas a ser mi esposa y mañana se celebrará la ceremonia con una pompa como jamás se ha visto en mi reino.

—Dudo mucho de que yo asista a esa ceremonia, Keydur —respondió Dyra fríamente.

—¡Tonterías! Acudirás, aunque para ello haya de arrastrarte encadenada.

Dyra se acercó al gran ventanal del salón en que se hallaba. Uno de sus brazos, de mórbidos contornos, señaló hacia el abismo que se abría al pie.

—Saltaré al vacío, antes que ser tu esposa —anunció con voz llena de resolución.

Keydur se quedó parado un momento. Luego, ebrio de cólera, extendió su brazo y gritó:

—¡Escucha, pedazo de estúpida! He aguantado tu negativa más de ocho semanas, esperando día tras día a que la sensatez te hiciese variar de postura. Te he cubierto de regalos, joyas, vestidos... y he soportado pacientemente tus desdenes y tu falta de gratitud. Esto se ha acabado ya; mañana, aunque estés cargada de cadenas, te casarás conmigo. Es mi última palabra y no pienso modificarla en absoluto.

El portazo que dio Keydur al salir hizo retemblar las paredes. Desfalleciendo momentáneamente, Dyra se dejó caer sobre un diván y sollozó, llena de amargura.

—¡Oh, Nick, Nick! ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a socorrerme, amor mío? —gimió afligidamente.

El castillo se hallaba ya a pocos pasos de distancia.

Nick hizo un alto en su penosa ascensión. La carga le pesaba considerablemente, pese a su fortaleza. Pero llevaba tras sí cuarenta kilómetros de caminata a pie por caminos muy accidentados, y ello se

dejaba notar en unas piernas a las que aún les hubiera convenido otra semana de entrenamiento.

Miró hacia las estrellas. Todavía tenía tiempo; aún tardaría en amanecer. Sentado en un saliente, directamente sobre el abismo, comió un poco de carne curada y bebió un par de sorbos de agua de la cantimplora que había llevado consigo.

Iba terriblemente cargado, pero no quería suprimir un solo gramo de peso; lo estimaba indispensable para consumir la escapatoria, una vez hubiera rescatado a Dyra.

El camino quedaba muy a su izquierda. Cuando hubo recuperado sus fuerzas continuó la ascensión emprendida inicialmente, si bien fuera del camino de acceso, por unos lugares relativamente cómodos. A medida que se acercaba a la cumbre iba derivando a su derecha, a fin de alcanzar las fachadas que daban al norte.

Estimaba lógico que Dyra se hallase en aquel sector de la fortaleza, el más seguro en opinión de Keydur. El gigante debía de pensar, calculaba Nick, que la evasión por aquel lugar era imposible, so pena de estrellarse contra las rocas del fondo del abismo.

Pronto tuvo la base de un muro al alcance de su mano. Había un estrechísimo sendero, de no más de cincuenta centímetros de anchura, y Nick se puso en pie allí, mirando hacia las ventanas que tenía sobre su cabeza.

Llevaba una cuerda con garfio y la arrojó hacia arriba. El gancho agarró el antepecho de una de las ventanas y Nick tiró un par de veces para convencerse de que estaba seguro. Luego, sin pensárselo dos veces, empezó a trepar por la cuerda.

Soplaba un ligero viento, que le hacía balancearse sobre el abismo. El río que circundaba la montaña parecía en la oscuridad de la noche, un hilito de plata que reflejaba apenas la luz de la Luna.

Nick alcanzó la ventana y se puso de pie en el alféizar, sobradamente ancho, debido al grosor de los muros de sillería. La ventana estaba sólidamente atrancada, de modo que no podía entrar por allí.

Asomando cuidadosamente la cabeza, miró de nuevo hacia arriba. Encima de él se veía un amplio ventanal, como el pórtico de una terraza cubierta. El gancho con la cuerda funcionó de nuevo.

Nick trepó otra vez. A mitad de su camino, alguien, evidentemente

desvelado, se asomó a una ventana, para disfrutar del fresco de la noche, y vio aquella abultada sombra que ascendía lentamente hacia las habitaciones de Dyra.

El general Dohar comprendió inmediatamente lo que sucedía. Actuando con inteligencia, no emitió un solo grito, sino que, poniéndose apresuradamente una bata, abandonó el dormitorio y corrió a avisar a su señor.

Respirando afanosamente, Nick se sentó en el antepecho del ventanal. A través de la escasa luz que daba la Luna en cuarto creciente, divisó una amplia estancia, al fondo de la cual le pareció ver un lecho.

Con el puñal en la mano, saltó al interior de la estancia. Tropezó inesperadamente con un taburete y lo derribó al suelo.

Dyra despertó en el acto, sobresaltada por el ruido.

—¿Quién anda ahí? —gritó, sentándose en la cama.

—¡Dyra! —gritó el joven.

—¡Nick! —clamó ella.

Nick corrió hacia Dyra. Los dos jóvenes se confundieron en un estrecho abrazo, olvidados por un instante de la situación en que se hallaban.

—Amor mío —gimió ella, ebria de felicidad, mientras abrazada a él estrechamente le acariciaba los cabellos—.

Presentía que estabas vivo, que no podías haber fallecido...

—Estuve a punto de morir, en efecto —convino él, apretando a Dyra contra su pecho—. Pero pude salvarme, aunque me ha costado dos meses largos recuperarme.

—Ya no importa nada, cariño; estamos juntos y...

Nick, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Dyra, volviendo de repente a la cruel realidad.

El joven sonrió.

—Lo sabrás en seguida —dijo—. Voy a ver si enciendo una luz para que podamos ver mejor.

Cerca de la cámara había una gran lámpara de aceite, cuya mecha prendió con un fósforo. Dyra conocía ya las cerillas y no mostró extrañeza por el suceso.

—Te he traído ropa adecuada —dijo él, una vez con luz suficiente—. Vamos, te ayudaré a vestirme; luego te indicaré la forma en que vamos a salir de aquí.

Dyra le lanzó una mirada cargada de pasión.

—Te he visto de nuevo y aunque tuviera que morir ahora mismo, no lo lamentaría en absoluto, Nick —dijo.

—No vamos a morir, sino a vivir largos años juntos —rió él.

Dyra saltó de la cama. Nick la ayudó a ponerse uno de los monos de vuelo que habían formado parte del equipo del avión, y luego le dio las botas fabricadas expresamente para ella.

A continuación, le ciñó el paracaídas que había llevado consigo. Dyra mostró una gran extrañeza ante la operación.

—No temas —dijo él, sonriendo para darle ánimos—. Te parecerá peligroso, pero no correrás riesgo alguno, te lo aseguro.

—Estando a tu lado, no temo nada —contestó Dyra, mirándole intensamente.

—Bien; vámonos...

Nick no pudo continuar. Unos fuertes golpes sonaron en la puerta.

—¡Abre, Dyra! ¡Sabemos que el extranjero está ahí! —tronó la voz de Keydur desde el otro lado de la puerta.

Dyra lanzó un grito de terror. Nick maldijo la complicación que representaba la inesperada presencia de Keydur ante la entrada del dormitorio.

—¡Echad abajo la puerta! —rugió el gigante, en vista de que no recibía la menor respuesta.

Unos fortísimos golpes hicieron crujir las recias tablas de la puerta. Nick agarró a Dyra de la mano y tiró de ella.

—Ven —dijo solamente.

Había un diván junto al ventanal y lo tumbó, para que les sirviera de parapeto. Luego desenganchó de su cinturón una de las bombas de mano que había llevado consigo y arrancó la anilla de seguridad.

La puerta saltó de pronto con enorme estrépito.

—Tápate los oídos, Dyra —gritó Nick.

Ella obedeció, mientras la granada rodaba por el suelo. De repente, antes de que los guerreros de Keydur irrumpieran en la estancia, se produjo una espantosa explosión.

Una espesa humareda cubrió el umbral durante unos instantes, mientras sonaban atroces chillidos de los soldados alcanzados por la metralla. Un trozo de hierro se había clavado en el brazo de Keydur, y el gigante bramaba y blasfemaba de furor, mientras sus hombres, excepto Dohar, huían despavoridos.

Amanecía ya y los objetos se veían con mayor detalle. Keydur divisó con asombro a la pareja, estrechamente abrazados, en pie sobre el antepecho del ventanal.

—¡Deteneos, locos! —gritó.

—No temas, Dyra —murmuró Nick al oído de la joven, un segundo antes de tomar impulso con sus piernas.

—¡Se van a matar! —gritó el general, lívido de espanto.

Keydur corrió hacia el ventanal y sacó medio cuerpo fuera. Dando vueltas en el aire, Nick y Dyra descendían velozmente hacia el abismo.

Los brazos de Dyra se ceñían estrechamente en torno al cuello del joven, cuya mano derecha había asido la anilla del paracaídas.

—¡Suéltate de mí! —gritó con fuerza, para hacerse oír por encima del rugido del viento desplazado en su caída.

Dyra obedeció. Simultáneamente, Nick la empujó con la mano izquierda con todas sus fuerzas, a la vez quetiraba de la anilla de apertura.

Llena de asombro, Dyra se vio flotando en el aire, suspendida por aquel enorme paraguas de seda blanca que tenía sobre su cabeza. Bajó la vista un momento y vio a Nick caer volteando hacia el fondo del colosal precipicio.

El corazón se le paró.

—¡Nick, Nick! —gritó, llena de terror.

Pero un instante después, el paracaídas del joven se desplegó y Dyra comprendió que Nick se había salvado. Balanceándose en el fresco aire de la mañana, mientras la luz del día aumentaba con rapidez, Dyra bajó lentamente, suspendida del paracaídas, sintiendo una grata sensación de ingravidez.

El otro paracaídas bajaba cien metros por delante. Una ráfaga de viento los hizo derivar un poco.

Momentos después, Nick vio que iban a caer en las mansas aguas del río, lo que, en el caso de Dyra, resultaba sumamente satisfactorio, puesto que la muchacha desconocía la técnica del aterrizaje, después de un salto en paracaídas.

Nick fue el primero en alcanzar la orilla. Alargó una mano y ayudó a salir a Dyra a tierra firme.

Ella le abrazó con fuerza. Sus cabellos caían chorreando sobre su espalda y estaba empapada de pies a cabeza, pero se sentía inmensamente feliz por hallarse junto al hombre amado.

—Me parece mentira —dijo, con ojos radiantes de dicha.

Nick volvió la cabeza y miró hacia la fortaleza que se divisaba a mil metros de distancia.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —dijo—. Keydur ha visto que nos salvábamos y enviará inmediatamente a sus jinetes a capturarnos.

Dyra asintió. Nick agarró su mano y, juntos, echaron a correr en dirección a la frontera.

Media hora después divisaron una pequeña aldea en el fondo de un valle situado entre montañas. Nick se dirigió inmediatamente a una de las cabañas.

—Ya estamos aquí —dijo al dueño, cuando éste abrió la puerta en respuesta a las llamadas.

El hombre les contempló lleno de asombro.

—Nunca creí que escaparías con vida del nido de águilas —manifestó

—. Por eso, cuando me pagaste los dos caballos por anticipado, creí haber hecho el mejor negocio de mi vida. Pero soy hombre al que le gusta cumplir su palabra. Venid, el establo se halla al otro lado de la casa.

Nick se echó a reír. Dyra le contempló con infinita admiración.

—Piensas en todo —dijo.

—Si hubiera fracasado estaría muerto y entonces, ¿de qué me servirían las monedas de oro que pagué a este buen hombre? —contestó.

Minutos más tarde, montados en dos veloces corceles, salían a todo galope de la aldea. Ni un cuarto de hora tardaron en hacer su aparición las huestes de Keydur.

Pero los fugitivos estaban ya muy lejos.

CAPITULO IX

Nick desmontó de un salto y asió a la muchacha por la cintura, depositándola suavemente en el suelo, en las inmediaciones del avión. Dyra contempló el aparato con ojos absortos.

—Esta es la máquina voladora que...

Nick sonrió.

—Sí, la misma que, seguramente, tú viste volar desde tu encierro —contestó.

—Es cierto —dijo Dyra—, y al verla empecé a presentir que no podías haber muerto. Sólo un hombre como tú podía ser capaz de construir una maravilla seméjante.

El joven se echó a reír.

—Querida, yo no he construido esta máquina —explicó—. Estaba en mi barco y lo único que hice fue ponerla en condiciones de funcionamiento. Sé hacer que vuele, reparar, en caso preciso, algunos pequeños desperfectos, pero nada más.

—Entiendo. Alguien la construyó en tu país...

—Sí, pero eso es lo de menos ahora. Sube, yo te indicaré lo que debes hacer, Dyra.

La joven se acercó a la avioneta. Antes de subir, Nick la agarró por un brazo.

—Dyra, no temas nada —dijo con voz persuasiva.

Ella le miró serenamente.

—Estando a tu lado, no siento el menor temor, Nick —respondió.

Nick la besó suavemente en una mejilla. Luego la ayudó a subir a la cabina del pasajero y la sujetó con las correas de seguridad.

Acto seguido, le puso el casco y las gafas, explicándole su utilidad. Dyra hizo un signo de asentimiento.

Nick ocupó su puesto en el aparato. Estaba poniéndose el casco de vuelo cuando, de pronto, Dyra lanzó un agudo grito:

—¡Mira, Nick; los hombres de Keydur!

El joven volvió la cabeza. Un gesto de contrariedad se dibujó en su cara.

Se preguntó si tendrían tiempo de despegar, antes de que los veinte

jinetes que ya asomaban por el borde de la explanada les dieran alcance.



Nick se caló las gafas y dio el contacto. El motor arrancó con un rugido satisfactorio.

Los jinetes se hallaban a unos trescientos pasos de distancia todavía, pero azuzaban despiadadamente a sus monturas, a fin de dar alcance a los fugitivos. Súbita

mente, un nuevo factor se introdujo en la que ya era crítica situación de la pareja.

Sonaron unos alaridos horripilantes. Por la parte alta de la explanada aparecieron de repente unos cientos de figuras humanas que, desplegándose en bandada, descendieron a la carrera, acometiendo a los guerreros de Keydur.

—¡Son las mujeres guerreros de Antinia! —gritó Dyra.

Nick vio largas cabelleras ondulando al viento, cuerpos femeninos sucintamente cubiertos de pieles y armas muy primitivas, grandes garrotes de dura madera sobre todo. Pero no pudo seguir mirando, porque su atención estaba concentrada en el manejo de la avioneta.

Las belicosas mujeres cayeron sobre los jinetes y les atacaron salvajemente. Los hombres de Keydur lucharon con valor, pero sucumbieron al número. Minutos después, veinte cabezas, sangrientos trofeos de victoria, se alzaban sobre las amazonas, en medio de un atronador griterío de triunfo.

Mientras, Nick había acelerado el motor. La avioneta se remontó unos metros por la pendiente y luego viró en redondo. El estruendo del motor llamó la atención de las amazonas, que corrieron hacia el aparato.

Nick sacó la mano y lanzó una granada. Luego dio gas a fondo.

Detrás del aparato se produjo una sonora explosión. Aterradas, las antinianas huyeron a la carrera.

La avioneta rodó velozmente, acelerando a cada segundo que transcurría. Nick tiró suavemente de la palanca y el aparato se elevó en el aire.

—Dentro de dos horas estaremos a salvo... —se dijo, satisfecho.

El borde del gigantesco pozo apareció súbitamente bajo el aparato. Nick dio más gas, pero, de modo inexplicable, la avioneta empezó a descender hacia las profundidades de aquel negro cráter.

Nick avanzó a fondo la manecilla del gas. Empeño inútil; pese a que el motor roncaba atronadoramente, el avión continuaba descendiendo.

La pared opuesta del pozo se acercó a gran velocidad. Nick necesitó de toda su habilidad para realizar un ceñidísimo viraje, poniendo las alas verticales, a fin de no estrellarse contra aquel muro de roca.

El joven estaba atónito. Se le hacía absolutamente incomprensible los motivos de aquella extraña succión que los atraía hacia un abismo sin fondo. Una vez más intentó elevarse, pero todo fue inútil.

Las paredes eran muy irregulares. El avión daba tremendos bandazos, perdido todo gobierno. De pronto, Nick advirtió que iban a estrellarse contra un salienterocoso de grandes dimensiones.

El instinto le hizo cortar el gas en el último instante. Un aullido se escapó de su boca.

—¡Agárrate bien, Dyra!

El avión chocó de panza contra el borde del saliente, se arrastró unos metros por encima de un suelo muy irregular, dejando tras sí fragmentos de su estructura, y luego estrelló el morro contra la pared.

Parte de un ala se desprendió y cayó volteando al abismo. Nick se sintió aturdido durante unos instantes, pero no tardó en reaccionar.

Rápidamente, se quitó los atalajes y saltó al suelo. El avión se movió, amenazando caer al fondo del pozo. Nick se sintió terriblemente asustado.

—¡Dyra! —llamó.

Pero la joven no contestó. Estaba inmóvil, con la cabeza doblada sobre el pecho. Nick creyó que el corazón se le paraba.

Con grandes precauciones, sintiendo de cuando en cuando leves

crujidos que indicaban claramente el inestable equilibrio en que había quedado la avioneta, soltó las correas de sujeción y sacó a Dyra de la cabina, dejándola tendida en el suelo.

Dyra respiraba regularmente. Nick se sintió mucho más aliviado, al comprender que sólo se trataba de la pérdida del conocimiento, originada por un golpe recibido en el momento del aterrizaje.

El casco y las gafas quedaron a un lado. Nick vio en la frente de la joven una ligera moradura. Por fortuna, el casco había amortiguado considerablemente el golpe.

Nick percibió entonces un olor fétido y repugnante que subía del fondo del gigantesco pozo. Miró hacia abajo y creyó ver brillo de agua, en la que se agitaba algún animal desconocido. Pero había más de setecientos metros de distancia y, para dos personas, aquella plataforma era de anchura más que sobrada, por lo que, de momento, no corrían el menor peligro.

El peligro real consistía en las dificultades que tendrían para salir de allí, sin medios adecuados. Nick miró hacia arriba y vio una pared vertical, cuyo borde terminaba a más de doscientos cincuenta metros del lugar en que se hallaban.

Dyra despertó al cabo de un rato. Nick trató de confortarla con un poco de agua, que había sacado de una cantimplora contenida en el departamento de equipajes. Ella le miró inquisitivamente una vez repuesta.

—Lo siento, cariño —dijo Nick—. Tu primer, y tal vez único vuelo, ha terminado mucho antes de lo que nos suponíamos.

Dyra miró a su alrededor. Del fondo del abismo llegó un sordo rugido.

—Nick, ¿sabes dónde estamos? —preguntó de repente.

—No tengo la menor idea —contestó él—. Sólo sé que estamos en muy difícil situación...

Dyra se puso en pie y se asomó al borde del saliente.

—¡Cuidado! —dijo Nick, alarmado.

Ella se volvió hacia el joven.

—Lo que me suponía —declaró—. Estamos en el pozo del horror sin

nombre.

—¿Horror sin nombre? —preguntó Nick, estupefacto.

—Sí —confirmó Dyra—. Abajo, en el fondo, mora un monstruo colosal que vive desde hace miles de años, una especie de gigantesca araña, que se alimenta de las presas que caen en sus manos.

Nick sintió que se le ponían los pelos de punta. Ahora comprendía por qué se oían allá abajo aquellos roncós bramidos, pero lo que no entendía era la extraña fuerza de succión que les había hecho caer en el pozo.

—El monstruo tiene una increíble potencia de aspiración y, de este modo, todo ser viviente que pasa por las inmediaciones, hombre o bestia, cae en el pozo y sirve de alimento para él —añadió Dyra.

Nick volvió a mirar. Ahora sus ojos estaban habituados a la penumbra y pudo ver unas extrañas formas tentaculares, de colosales dimensiones, que se movían en el agua que llenaba el fondo de aquel pozo y que supuso procedente de manantiales subterráneos.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes, Dyra —exclamó.

Ella extendió la mano de pronto.

—¡Mira, Nick; ahí veo la entrada de una cueva! Quizá por ese sitio podamos...

La cueva se hallaba a seis o siete metros a la derecha del saliente. Nick no había reparado en ella porque las pocas miradas de exploración que había dirigido lo habían sido hacia arriba. Moviéndose con cuidado podían alcanzar la entrada de aquella cueva y ver si por allí tenían una vía de escape.

—Vamos, Dyra —se decidió de inmediato.

Agarrándose a los salientes, tanteando el suelo con infinito cuidado antes de poner cada pie, consiguieron llegar a la boca de la cueva, que era de grandes dimensiones, seis o siete metros de diámetro, aproximadamente. Dyra pasó la primera y Nick siguió a continuación.

—Estamos salvados —dijo ella.

—Por el momento, sí, pero luego veremos...

Nick no pudo continuar. Una voz humana sonó de pronto:

—¡Diablos, nunca creí que el monstruo tuviera figura de persona!

CAPITULO X

Nick y Dyra se quedaron atónitos al escuchar aquella voz. El hombre agregó:

—Estoy aquí, amigos.

Nick corrió hacia el individuo, que se hallaba a una docena de metros de la cueva. Inmediatamente, y a pesar de la oscuridad, apreció que se hallaba sujeto por el brazo derecho a una argolla, unida a una recia cadena, la cual, a su vez, se hallaba sólidamente encastrada por el otro extremo a la pared de roca viva.

—¿Quién eres? —preguntó Nick.

—Me llamo Jinqus y, como no me ayudéis pronto, estoy destinado a ser la comida de hoy del monstruo —contestó el sujeto.

Dyra lanzó un grito de horror. Nick estaba paralizado por el asombro.

—Sí, amigos —continuó Jinqus—, emplear a sus prisioneros para alimentar a la bestia es la diversión favorita de las bárbaras antinianas. Hoy me ha tocado a mí y sólo falta que ese monstruo sienta apetito para que suba y me devore.

—¿Es posible tanto salvajismo? —exclamó Nick, horripilado.

—Yo soy la prueba viviente de lo que acabo de decir —sonrió Jinqus, que era un hombre relativamente joven todavía y muy robusto—. Incurrí en el pecado de negarme a complacer a Shalea, la reina de Antinia, y... Pero, ¿quiénes sois vosotros?

—Yo me llamo Nick —respondió el joven—. Ella es Dyra, reina de Smuria.

—¡La reina de Smuria! —exclamó Jinqus—. ¿Qué hace aquí, tan alejada de su país?

—Sería largo de explicar —dijo Nick—. De momento, vamos a ver si conseguimos liberarte, Jinqus.

—Dices que te han condenado a muerte por negarte a amar a Shalea —terció Dyra—. ¿Es cierto, Jinqus?

—Totalmente cierto; aunque, a decir verdad, yo no creí que las cosas llegasen a semejantes extremos. Pero no pasa día sin que un infeliz sea atado a esta cadena para alimentar al monstruo.

—Pero, ¿por qué? —quiso saber Nick, extrañado.

—Es cosa de la peculiar constitución de Antinia. Allí mandan las mujeres, y los hombres sólo tienen una función: asegurar la propagación de la especie. Una

vez que han rendido su... utilidad, ya no sirven para nada, más que para diversión de esas fieras con figura de mujer. Y para alimento del monstruo, naturalmente.

—¡Vaya un país! —comentó Nick, disgustado—. Jinqus, ambos somos fuertes —agregó—. Uno solo tal vez no lo consiguiera, pero vamos a ver si tirando entre los dos podemos arrancar la cadena de la pared.

—¡Buena idea! —aprobó el condenado—. Tiraremos los dos a una, al mismo tiempo...

—¡Cuidado! —chilló Dyra de pronto—. ¡El monstruo ataca!

Nick volvió la cabeza. Un largo y delgado tentáculo, cubierto de pelos duros y puntiagudos, largos como puñales, reptaba lentamente hacia los accidentales ocupantes del túnel.

—Tiene una fuerza irresistible —dijo Jinqus—. Cuando agarra a su presa, lo arranca de la cadena. Normalmente, la mano se queda aquí, mientras el cuerpo es arrastrado al fondo del pozo. Al día siguiente, cuando otro condenado es colocado en este lugar, las antinianas lanzan la mano...

—Calla, por favor, Jinqus —pidió Dyra, con el estómago revuelto.

Nick saltó de pronto hacia delante. Pareció como si el tentáculo tuviera órganos de visión, porque se elevó verticalmente, ondulando como una serpiente amaestrada.

El cuchillo de Nick actuó centelleantemente. Dos metros de tentáculo

quedaron seccionados en el acto y el resto se replegó rápidamente, a la vez que fuera de la cueva se escuchaba un furioso silbido.

Nick lanzó el tentáculo cortado fuera del túnel, a puntapiés. Luego, con gran cuidado, se acercó a la entrada.

Asomó la cabeza un momento. Debajo de él, a más de cien metros de distancia, vio un monstruo de indescriptible apariencia, semejante en parte a una colosal araña velluda, armado con diez o doce larguísimos tentáculos que serpenteaban amenazadoramente en el aire.

Las enormes mandíbulas del monstruo chasquearon estremecedoramente. Nick sacó una de las pocas bombas de mano que le quedaban, arrancó la nilla, contó hasta tres y la soltó.

Debajo de él se produjo una tremenda explosión. El humo subió lentamente hacia el exterior.

Nick se asomó de nuevo. El monstruo, tocado pero no muerto, se retiraba hacia las profundidades de su guarida.

—¿Ha muerto? —preguntó Dyra.

—No, pero voy a destruirlo ahora mismo —respondió Nick, resuelto.

Acababa de fijarse en la avioneta. En sus tanques quedaban todavía unos doscientos litros de combustible. El aparato era ya irrecuperable.

—Al menos, antes de destruirse del todo, cumplirá una misión.

Abandonó de nuevo el túnel y se acercó al saliente donde había quedado el aparato. Probó a moverlo y vio que a poco que empujase, lo haría caer al abismo.

El monstruo estaba a unos cien pasos de distancia, replegándose con visible lentitud. Usaba varios de sus tentáculos para agarrarse a las paredes del pozo que le servía de morada, mientras que agitaba los restantes de manera espantable. Nick vio una serie de oscuros reflejos en aquel espantable corpachón y comprendió que se trataba del brillo de sus ojos. El odio, el miedo y la furia latían en aquellas horribles pupilas.

Buscó el tapón del depósito de combustible y lo abrió. Luego sacó de la caja de curas que había en el departamento de equipajes unas tiras de cinta adhesiva y sujetó con ellas una bomba de mano, situándola directamente sobre el tanque de la gasolina.

Acto seguido, empujó el avión con todas sus fuerzas. Cuando vio que iba a caer, pasó un dedo por la anilla de la bomba.

La anilla se soltó por sí sola, mientras el avión caía volteando en el abismo. Un par de segundos después se produjo la explosión.

El fogonazo del estallido inflamó la gasolina, que se extendió en un mar de chorros ardientes por todas partes. Trozos ardiendo del fuselaje cayeron sobre el monstruo, junto con una lluvia de fuego, cuyas llamas lo envolvieron en el acto.

Se oyó un bramido apocalíptico. Los enormes vellos del monstruo ardieron casi instantáneamente. El fuego lo venció casi en el acto y cayó al abismo, dando volteretas, convertido en una colosal esfera llameante.

Un hedor espantoso subió del fondo del pozo. Nick sintió unas horribles náuseas, pero consiguió dominarse y regresó a la cueva.

—El monstruo ha dejado de existir —anunció.

Jinquis le contempló con admiración.

—Jamás creí ver llegar el día en que un hombre venciera a esa bestia —dijo.

—Alguna vez tenía que suceder —contestó Nick sonriendo—. Bien, vamos a ver si entre los dos conseguimos arrancar la cadena de la pared. Luego ya idearemos el medio de soltarte la argolla de la muñeca.

Jinquis era un hombre de excepcional robustez y Nick no le andaba a la zaga. Lo que uno solo no hubiera conseguido, fue logrado por los dos, incluso con la ayuda de Dyra, que también unió sus esfuerzos.

La cadena saltó. Medía casi dos metros y Jinquis agarró el otro extremo con resolución.

—Esta cadena va a ser un bonito collar para alguna antiniana —dijo.

Nick no captó de momento el significado de aquellas palabras. Jinquis se volvió hacia la pareja.

—Sólo hay una salida y no es por el pozo precisamente —manifestó.

—¿Puedes guiarnos? —preguntó Dyra.

Jinquis soltó una risotada.

—Un poco más adelante hay antorchas de repuesto, de las que usan esas fieras con cuerpo de mujer —respondió.

Cien metros más adelante encontraron la antorcha. Nick la sostuvo con la mano, mientras Jinquis caminaba en vanguardia, sujetando la cadena con ambas manos.

El túnel les pareció interminable. A la luz de la antorcha, Nick pudo apreciar determinado brillo en las paredes. En tiempos, calculó, había sido la chimenea de evacuación de la lava de algún cráter volcánico, ahora apagado. El trazado era irregular y serpenteante en algunos tramos.

De pronto, cuando había pasado ya una hora, Jinquis se detuvo y alzó una mano:

—Estamos llegando a la salida —anunció.

Nick apagó la antorcha en el acto. Jinquis se asomó cautelosamente por un saliente de roca y exploró el terreno durante unos segundos.

—Lo que yo me figuraba. Hay una mujer de centinela en la salida —dijo en voz baja.

—Jinquis, yo me pregunto por qué no hemos intentado trepar por las paredes del pozo —murmuró Nick—. ¿No habríamos podido escapar con más facilidad?

—Quizá, aunque también podría suceder que nos encontrásemos con algún grupo de Amazonas. Suelen ir allí a la hora aproximada en que el monstruo subía a «comer», para divertirse contemplando el espectáculo. Estando ellas en el borde, hubiéramos tenido muchas menos posibilidades que por este otro sitio.

—Tienes razón —convino el joven—. Pero, ¿qué vas a hacer para que el centinela nos deje el paso libre?

Jinquis, sin hacer ruido, levantó sus dos manos y enseñó la cadena.

—¿No dije antes que la guardaba para collar de una de esas fieras de dos patas? —contestó—. Esperadme aquí; os avisaré cuando el paso esté libre.

Jinquis echó a andar pegado a la pared. Desde aquel punto, Nick pudo

ver a la centinela, de espaldas a ellos, en pie, armada con una lanza que no medía menos de tres metros de largo. Era una mujer fuerte y membruda, como todas las amazonas, pero no se podía comparar con Jinqus, quien, aun siendo de mediana estatura, poseía una fortaleza física realmente excepcional.

La centinela no advirtió la presencia de extraños en el túnel hasta que fue demasiado tarde. La cadena, convertida en un mortífero lazo, pasó bruscamente sobre su cabeza.

Jinqus estiró sus brazos con un golpe seco y simultáneo, tremendamente brutal. Nick se pudo dar cuenta de que casi la había decapitado.

La mujer murió sin lanzar un solo grito. Jinqus la arrastró unos pasos dentro del túnel y luego silbó suavemente.

—Vamos, el paso está libre —anunció.

Jinqus se apoderó de la lanza. Al salir del túnel, Nick y Dyra sintieron sus pupilas dañadas por el vivo resplandor que había en el exterior.

Nick apreció que se hallaban casi en el borde de un vasto anfiteatro, en cuyo fondo se divisaban infinidad de cabañas hechas con troncos y paja. Numerosas personas se veían ir y venir por aquella ciudad de salvajes, la mayor parte de las cuales eran hombres.

—No te extrañes —sonrió Jinqus—; en Antinia, los hombres son los que desempeñan los trabajos domésticos, mientras las mujeres, en tanto su estado físico no se lo impide, se ocupan en cazar y en guerrear para capturar nuevos esclavos.

Era la leyenda de las Amazonas hecha realidad, pensó Nick. Con la mano de Dyra en la suya, empezó a deslizarse lateralmente por el borde del anfiteatro, siguiendo a Jinqus, quien parecía ser buen conocedor del terreno.

Estaban salvados, se dijo el joven con demasiado optimismo, porque cuando ya creían haber consumado la evasión, oyeron un griterío atronador sobre sus cabezas.

Nick se volvió. Treinta o cuarenta mujeres, armadas con lanzas y espadas, corrían hacia ellos, chillando ferozmente.

CAPITULO XI

Jinquis soltó una maldición. Luego, echándose la cadena al hombro izquierdo, preparó la lanza.

—Hemos tenido mala suerte —dijo—. De todas formas, prefiero morir de un lanzazo, que acabar en el estómago de la fiera del pozo.

Las Amazonas corrían hacia ellos. Nick desenvainó el puñal.

Una de las mujeres, más ágil o impaciente que las otras, se adelantó al grupo, sacando a su compañera más de veinte metros de ventaja. Jinquis la desafió con una soez imprecación.

La Amazona arrojó de repente su lanza. El gesto halló desprevenido a Jinquis y la lanza lo traspasó de parte a parte.

Dyra lanzó un agudo chillido de terror. Nick se precipitó sobre la lanza que había dejado Jinquis al caer y se dispuso a vender caras su vida y la de Dyra.

La mujer sacó entonces una espada y cargó contra Nick. El joven plantó los pies en el suelo y simuló un ataque. La Amazona saltó a un lado y entonces la lanza se hundió en su cuerpo, justo por encima del breve faldellín de piel que cubría sus caderas.

Se oyeron varios gritos de furor. Nick retrocedió un par de pasos, empuñando la lanza con ambas manos. Varias Amazonas se le acercaron peligrosamente.

Entonces, alguien emitió un poderoso grito. El ataque se suspendió instantáneamente.

Nick, asombrado, observó que otro grupo de mujeres subía corriendo por la ladera. Al frente del grupo venía una mujer que parecía más robusta que las restantes.

—¡Quietas! —gritó—. ¡Respetad a esa pareja! Quiero conocer sus intenciones.

Las atacantes depusieron sus armas en el acto. Nick sintió un infinito alivio por el inesperado giro que había dado la situación.

Por otra parte, se sentía decepcionado. En lo tocante a la belleza de las Amazonas, la leyenda fallaba estrepitosamente.

No había ninguna que fuese agradable de contemplar. Nick pudo apreciar epidermis duras y callosas en muchos puntos; unas cabelleras largas, pero sucias y desgredadas, y unos rostros de nariz chata y mandíbula prognática, lo que indicaba un escaso avance en el proceso evolutivo de aquella raza.

—Además, huelen que apestan —masculló.

La Amazona que había dado la orden de respetar sus vidas se acercó a ellos. Su vestimenta no se diferenciaba en nada de la de sus compañeras, salvo por el hecho de que llevaba pendiente del cuello una especie de medallón de oro, toscamente labrado. Era de buena estatura y, como las demás, recia, membruda, de grandes pechos y anchas caderas.

—Soy Shalea, reina de Antinia —dijo orgullosamente—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Ella es Dyra, reina de Smuria —contestó el joven—. Yo me llamo Nick y soy su escudero. —Pronunció esta palabra a fin de impresionar a Shalea.

—Nick —repitió la Amazona—. ¿Qué significa ese nombre? Nunca lo había oído...

—Nick, en mi idioma, significa «El-valiente-que-mató- a-la-bestia-del-pozo».

Varias de las Amazonas hablaron excitadamente. Shalea se volvió hacia ellas. El joven pudo darse cuenta de que ya conocían la noticia.

Shalea se volvió hacia Nick.

—De modo que tú has matado al monstruo del pozo —dijo.

—Así es —confirmó el joven, con aire arrogante.

Una singular sonrisa se dibujó en los gruesos labios de la mujer.

—Lo celebro infinito —dijo—. Tenía ganas de poseer un esposo fuerte y valiente. Tú serás ese esposo que yo tanto he deseado, Nick.

Nick respingó.

«¿Convertirse en esposo de aquella arpía?», se dijo.

Bien mirado, Shalea, bañada y perfumada, vestida con ropajes adecuados y peinada convenientemente, resultaría un poco más atractiva que ahora, pero de ningún modo pensaba quedarse en Antinia para enseñarla los rudimentos de la higiene, el peinado y el maquillaje.

Además, estaba Dyra.

Abrió la boca para protestar, pero Dyra se le anticipó:

—Lo siento, pero ese hombre no puede casarse contigo, Shalea. Va a ser mi esposo y no consentiré que pertenezca a otra mujer.

Entre las Amazonas hubo un movimiento unánime de estupefacción. Shalea sonrió desdeñosamente.

—Me pregunto cómo podrías disputarme a Nick —dijo.

—Es muy sencillo —contestó Dyra sin inmutarse—.

Te reto a un duelo real.

Nick abrió la boca, pasmado por aquellas palabras.

El asombro de Shalea no fue menor.

—¡Duelo real! —repitió.

—Duelo real, sí —confirmó Dyra—. Según las leyes, tengo derecho a ello y tú no puedes negarte a mi desafío o serás destronada.

Una expresión de furia apareció en el rostro de Shalea, prontamente

sustituida por una sonrisa de desdén.

—Tendrás duelo real —aceptó al fin el desafío—. Pero ten en cuenta una cosa: sólo una de las dos quedará con vida al final del combate.

—Acepto esa regla —dijo Dyra, cuya apariencia de sosiego no se había alterado en ningún momento—. ¿Cuándo empezamos?

Nick se llevó las manos a la cabeza.

—Dyra, estás loca —gritó—. Yo no merezco que...

—¡Calla! —le ordenó Shalea bruscamente—. Dyra ha lanzado el reto y yo lo he aceptado. Por tanto, el duelo se celebrará, pero bajo las condiciones que yo imponga.

—Armas iguales, por supuesto —dijo Dyra.

—No pienso tomarme ninguna ventaja sobre ti —contestó la amazona con acento lleno de orgullo, proveniente de la seguridad que tenía en sí misma de salir triunfante del duelo.

Acto seguido, Shalea se volvió hacia las otras y anunció con voz tonante:

—El duelo se celebrará a mediodía, cuando los rayos del sol caigan directamente sobre el pozo de lasserpientes bicéfalas.

* * *

Echaron a andar hacia la ciudad de las Amazonas. Nick se pasó una mano por la frente.

—¿Te sientes mal? —preguntó Dyra, solícita, al advertir el gesto.

—No sé ya ni cómo me siento —respondió él—. A veces creo que estoy soñando... Pero, ¿por qué mil diablos has lanzado ese reto? ¿Es que no te das cuenta de lo que puede ocurrirte?

Dyra sonreía enigmáticamente.

—Calla, luego te explicaré —dijo en voz baja.

Un grupo de amazonas se adelantó, gritando estruendosamente. La ciudad se puso en conmoción a los pocos minutos.

Cientos y cientos de mujeres salían a recibirles, atraídas por la curiosidad. Dyra sonrió.

—Un duelo real es algo que no se ve todos los días —murmuró.

—Pero Shalea ha dicho que elegirá las armas... —dijo Nick, abrumado por la idea de perder a la mujer de quien ya sabía estaba locamente enamorado.

—No temas, insisto en ello —contestó Dyra.

Minutos después, Shalea se volvió hacia ellos y les enseñó una cabaña de bastante buen aspecto.

—Entrad ahí —ordenó—. Se os servirá de comer y de beber. Dentro de dos horas vendré a buscarte para el duelo, Dyra.

—Estaré lista, Shalea —aseguró la joven.

La cabaña olía bastante mal. Nick torció el gesto.

—Al menos, podían cuidar un poco más de la higiene.

Nick apenas si probó de la carne asada que les trajeron poco después. Dyra comió algo, porque le interesaba reparar sus fuerzas. Como bebida, les sirvieron unos cuencos llenos de leche y cerveza muy fuerte. Nick hubiera dado algo bueno por tener a mano unos cigarrillos, sentía los nervios a punto de estallar y el tabaco, creía, se los hubiera aplacado.

—No comprendo cómo puedes sentirte tan tranquilasabiendo que corres un gravísimo peligro —refunfuñó.

—Nick, es posible que tengas una opinión de mí bastante equivocada —dijo ella—. Y todo porque en cierta ocasión no supe dominar a mis caballos desbocados.

—Bueno, eso no tiene importancia...

—Desde pequeña me enseñaron a ser fuerte y ágil y a manejar toda clase de armas —explicó Dyra—. Ciertamente, Shalea es mucho más fuerte que yo, pero carece de habilidad en otros aspectos. Y ésa, naturalmente, es la ventaja que yo pienso explotar.

—No te concibo a ti manejando una lanza...

Dyra sonrió.

—A las gentes de Smuria les gusta saber que su reina sobresale en todos los aspectos —dijo—. Por otra parte, lo del duelo real no es una invención mía, sino una ley antiquísima de este planeta.

«Este planeta —repitió Nick mentalmente—. ¿Acaso no estaban en la Tierra?»

—Pero entonces cualquiera puede ir a Smuria y desafiarte a un duelo... El mismo Keybur no lo hizo... —alegó él.

—El duelo ha de celebrarse siempre entre personas del mismo sexo, Nick, y además deben existir razones muy fundadas para lanzar el reto.

—Nunca me hubiera creído que yo llegase a ser un día la razón muy fundada de un duelo real —se lamentó Nick amargamente.

Estaban sentados sobre un montón de pieles de olor nada agradable. Dyra se levantó repentinamente y fue hacia la entrada de la cabaña.

—Envía un mensaje a tu reina —ordenó a la centinela que había ante la puerta—. Dile que me envíe un vestido igual al que ella lleva.

La mujer lanzó un agudo grito en el acto. Dyra se volvió hacia el joven.

—Tendrás que ayudarme a embadurnar mi cuerpo con la grasa de la carne —dijo—. Es probable que lleguemos al cuerpo a cuerpo y no quisiera dar facilidades a mi rival.

Nick se tapó los ojos.

—Ella no. está loca, pero yo sí voy a enloquecer del todo si este sueño se prolonga demasiado —murmuró quejumbrosamente.

Dyra se echó a reír. Luego se arrodilló a su lado y le abrazó con infinito cariño.

—Voy a luchar en este duelo por el hombre a quien amo y, no lo dudes, venceré —dijo.

CAPITULO XII

El gentío, las mujeres en primera fila, los hombres detrás, se agolpaba en los bordes de la gran explanada donde se iba a celebrar el duelo.

En el centro de la explanada había un gran pozo, con una cuerda tensa que lo cruzaba de lado a lado. Nick se asomó por curiosidad y sintió náuseas y pavor al ver el revoltijo de cuerpos fusiformes que se agitaban a cuarenta metros de distancia.

Aquellas serpientes bicéfalas eran horribles, se dijo;

largas de más de quince metros y con dos cabezas armadas de unos dientes de tamaño espeluznante. A veces se veían huesos blanquear entre los tonos verdes y amarillos, que eran los colores que más destacaban en los cuerpos serpentiformes.

En uno de los lados se veía una gran mesa con varias armas, por parejas. Nick se estremeció de nuevo. Aquella espada con filo de sierra...

Había también arcos y flechas, látigos de seis y siete metros de largo, rematados en una diminuta bola con púas, y dos lanzas, con hoja de hierro de medio palmo de anchura y cuarenta centímetros de largo. Nick llegó a pensar que usarían escudos, aunque fuesen de cuero, pero no vio ninguno.

La expectación era enorme. Nick pensó que más que el duelo real en sí se trataba de un combate entre dos mujeres, con el morboso aliciente de que sólo una de las dos conseguiría sobrevivir.

Shalea se adelantó de pronto.

—Acércate, Dyra —ordenó.

La joven obedeció. Su cuerpo, de deslumbrante blancura, brillaba por efectos de la grasa que Nick, acatando sus consejos, había esparcido por todas las partes visibles de su epidermis. Dyra era alta y no tenía

una apariencia en extremo delicada, pero, en comparación con Shalea, semejaba una frágil muñeca.

—Usaremos primeros los arcos, un disparo cada una, a cien pasos —dijo Shalea—. Sortearemos el orden de disparos, a fin de que no haya ventajas para ninguna de las dos.

—De acuerdo, sigue —contestó Dyra, impávida.

—Luego emplearemos los látigos. La que quede herida, podrá ser rematada por la vencedora. Después de sesenta golpes de tambor, que medirán el tiempo de utilización de los látigos, usaremos las espadas durante ciento ochenta golpes de tambor.

«Tres minutos», calculó Nick.

—Finalmente, emplearemos las lanzas y ya hasta el final —concluyó Shalea.

—Perfectamente —dijo Dyra—, pero has olvidado una condición.

—Dime —pidió la amazona.

—Si tú pierdes, perderás tu reino, además de la vida.

—Es lo justo en un duelo como el que vamos a celebrar —aceptó Shalea sin pestañear—. Y ahora, vamos a sortear el primer tiro con arco.

El sorteo, hecho con unos dados que a Nick le parecieron huesos humanos, favoreció a Shalea.

«¡Hum! Con tal de que no haya habido trampa», se dijo, receloso.

Las dos antagonistas se situaron en lugares previamente señalados. El arco medía más de dos metros de altura y Nick lo juzgó de una potencia no inferior a los ochenta kilos.

La flecha medía algo más de un metro y tenía una punta de obsidiana, perfectamente tallada y de bordes tan cortantes como la navaja de afeitar. Shalea puso su flecha en el arco, tensó la cuerda, apuntó largo rato y, al fin, disparó.

Nick contempló el vuelo de la flecha con la respiración en suspenso. Dyra permaneció inmóvil; era la regla del juego. Si se movía, su rival tendría derecho a ordenar su muerte sin más.

La flecha cayó rozando la pierna derecha de Dyra. Entre las Amazonas se oyó un «¡Oh!, que indicaba significativamente una decepción general.

Dyra tensó su arco cuando le llegó el turno. Nick deseó fervientemente una buena puntería de la joven. Dyra casi lo consiguió; su flecha rozó la oreja izquierda de Shalea, de cuyo lóbulo inferior brotaron unas gotitas de sangre.

Se oyeron algunos aplausos. Procedían de los esclavos. Las mujeres les sisearon con fuerza.

Nick miró a Shalea. La amazona estaba pálida; empezaba a darse cuenta de que había subestimado a aquella joven de tan frágil apariencia.

—Los látigos —gritó Shalea.

Dyra tomó el suyo y lo sopesó especulativamente. Como en el caso anterior, los lugares habían sido marcados y cada una de las dos contendientes ocupó el suyo.

El tambor, un enorme tam-tam hecho con el tronco de un ahuecado gigantesco árbol, empezó a sonar rítmicamente. Shalea disparó su primer latigazo, que Dyra esquivó, agachándose velozmente.

Shalea golpeó de nuevo. Dyra saltó y la bola levantó polvo del lugar donde una fracción de segundo antes habían estado sus pies. En el aire todavía, Dyra manejó su látigo y la bola de puntas arrancó parte del corpiño de piel de la amazona.

Shalea se quedó atónita. Antes de que pudiera recobrarse de la sorpresa recibida, otro latigazo le dejó el pecho desnudo.

Sonaron algunas risitas. Muchos comprendían que Dyra había podido causar una grave herida a Shalea, pero que había preferido demostrar su habilidad.

El sonido del tambor cesó.

—Ahora, las espadas.

Hilillos de roja sangre corrían por el desnudo pecho de Shalea. Dominando la rabia que sentía, empuñó su espada.

Dyra hizo lo mismo. El tam-tam resonó de nuevo y, bruscamente, Dyra

echó a correr y se dirigió rectamente hacia el pozo de las serpientes, perseguida por su rival y en medio de las carcajadas de burla de las Amazonas.

Nick se quedó atónito al observar la curiosa reacción de la joven. Pero su asombro no había llegado todavía al máximo.

Sin dejar de correr, Dyra alcanzó la cuerda que atravesaba el pozo de las serpientes y, manteniendo asombrosamente el equilibrio, alcanzó su centro. Dio un salto, giró en el aire y quedó frente a su estupefacta contrincante.

—¡Atrévete a pelear aquí! —la desafió, con la sonrisa en los labios.

Shalea permaneció inmóvil, devorada por la rabia. La cuerda les servía para su distracción, cuando enviaban a algún esclavo a atravesar el pozo de las serpientes, provisto de una pértiga para mantener el equilibrio. Pocos eran los que conseguían salvarse..., pero aquella muchacha de pelo negro se mantenía en pie, sobre cinco centímetros de cuerda de fibra vegetal.

Bruscamente, Shalea alzó la mano derecha, se inclinó después y asestó a la cuerda un fenomenal tajo.

Nick lanzó un grito de rabia:

—¡Traidora!

Y quiso lanzarse sobre Shalea, pero dos robustas Amazonas se lo impidieron, sujetándolo por los brazos.

En el momento en que presentía la acción de survival, Dyra soltó la espada y se preparó para la caída. En el aire, alargó las manos y se agarró a la cuerda serpenteante.

Sus pies quedaron rozando las furiosas mandíbulas de los reptiles. La cuerda osciló como el brazo de un péndulo y ella, tras un volteo vertical, quedó encarada hacia la pared del pozo, por la que trepó con singular agilidad, mientras Shalea, furiosa, daba un gran rodeo para terminar con ella.

Un fuerte siseo acogió la acción de Shalea. Asombrada, se detuvo unos instantes al ver que sus propias Amazonas reprobaban el que atacase a una mujer desarmada. Dyra aprovechó la ocasión y saltó fuera del pozo.

—Tienes una espada en la mano. ¿Por qué no me atacas? —dijo desafiante.

Shalea hizo un gesto despectivo y tiró la espada a un lado.

—Eres muy hábil, pero no saldrás viva de la lucha con las lanzas —auguró sombríamente.

En el absoluto silencio que reinaba en torno a la explanada, sólo se escuchaba el entrechocar de los hierros de las lanzas.

Dyra retrocedía casi continuamente, rechazando ataque tras ataque de Shalea. A Nick no le alcanzaban las razones de semejante táctica.

Pero de cuando en cuando la lanza de Dyra pinchaba el cuerpo de la amazona y un hilillo de sangre manchaba su piel inmediatamente. Shalea rugía de furor, sin que ninguno de sus golpes alcanzasen jamás a su enemiga.

Nick observó que Shálea jadeaba y abría la boca. «Empieza a cansarse», adivinó; entonces comprendió la táctica de Dyra.

El combate estaba ganado, se dijo lleno de optimismo. Pero un segundo después sus esperanzas se borraron cuando, con un golpe violentísimo, Shalea consiguió desarmar a su rival.

La lanza de Dyra voló por los aires, arrancada bruscamente de sus manos. Emitiendo un animal aullido de triunfo, Shajea se tiró a fondo.

Dyra aguantó el ataque a pie firme. En el último instante, saltó a un lado y agarró con ambas manos el ástil de la lanza.

Al mismo tiempo, elevó la rodilla derecha y golpeó despiadadamente el bajo vientre de Shalea. La amazona emitió un gemido de dolor y se curvó sobre sí misma.

Dyra pegó un fortísimo tirón y la lanza pasó a supoder. Shalea iba de un lado para otro, encorvada, agarrándose el vientre con ambas manos.

—¡Remátala, remátala! —gritaron los hombres.

Pero Dyra esperó a que la otra se recuperase. Entonces le tiró la lanza y recobró la suya.

Estaba incorporándose todavía, cuando vio que Shalea cargaba contra ella. Se arrodilló, apoyando en el suelo el cabo de la lanza y, en el último instante, ladeó el cuerpo, dejando el brazo extendido.

Shalea se ensartó a sí misma, debido al tremendo ímpetu que llevaba. Diez centímetros de hierro asomaron por el centro de su espalda, en medio del estupor de las Amazonas.

Shalea estuvo unos momentos en pie, con los ojos desorbitados. Luego, lentamente, se inclinó y cayó de lado, quedándose inmóvil.

Un atronador griterío resonó en el anfiteatro. Nick corrió hacia Dyra, la asió por la cintura primero y luego por las piernas y, con sus poderosos músculos la izó sobre su cabeza.

—¡He aquí a la nueva reina de Antinia! —gritó.

Al día siguiente, Dyra reunió a su pueblo.

—Yo me ausento —dijo—. Pero mi primera orden es ésta: igualdad absoluta entre hombres y mujeres.

Los esclavos serán liberados y no se emprenderán más expediciones para capturar hombres. Los que quieran venir aquí, lo harán por su propia voluntad. Si me entero de que esta orden es desobedecida, vendré con mis tropas y arrasaré esta nación.

—Pero alguien tiene que gobernar, aunque sea en tu nombre —alegaron algunos.

—Os dejo que elijáis vosotros a la persona indicada—contestó Dyra—. Los hombres, repito, tendrán los mismos derechos que las mujeres a partir de ahora. Naturalmente, el que lo desee podrá abandonar Antiniasin que nadie se lo impida. Yo me vuelvo a Smuria; una vez al año, el gobernador que elijáis irá a verme para rendir cuentas de su actuación. Eso es todo...

Nick cuchicheó algo a su oído. Dyra asintió.

—Ah, por supuesto, olvidaba algo —añadió—. Llenad el pozo de leña y quemad esas horribles serpientes. Eso es todo.

Uno de los esclavos se marchó sin ser advertido. Era de Kdaviur y había sido capturado pocas semanas antes, cuando su rey estaba ante los parapetos de Smuria.

El individuo pensó que Keydur tendría interés en conocer la suerte de Dyra. Además, pensaba en una buena recompensa: Keydur no dejaría de recibir la noticia con verdadero agrado.

Nick y Dyra no tardaron en emprender la marcha en sendos caballos que les entregaron las Amazonas. Otro caballo servía para la carga de su pequeño equipo y provisiones.

—Pero la caza abunda extraordinariamente —manifestó Dyra—. El suelo se vuelve muy fértil al otro lado de la frontera de Antinia.

—Donde empieza tu país —dijo Nick.

Dyra meneó la cabeza.

—La frontera de Smuria está aún a cuatro días de viaje —contestó—. La zona por la que vamos a atravesar no pertenece a nadie; es de libre utilización para explotar sus recursos: madera, caza y pesca. Algún día, sin embargo, será preciso tomar alguna decisión con respecto a esa vasta zona hoy deshabitada.

—Sí, cuando tengáis que enfrentaros con el problema de la explosión demográfica —sonrió Nick.

—¿Cómo? —preguntó Dyra.

—Nada, ya te lo explicaré por el camino. Sigamos, querida.

CAPITULO XIII

Mientras trataba de hacer que los peces picasen en su anzuelo, Nick, sentado a la orilla de un caudaloso río, que corría entre márgenes cubiertas de vegetación, rememoraba las aventuras tan extraordinarias que estaba corriendo.

Todavía, pese a todo, no acababa de creer que ello fuese real. El paso a través del misterioso círculo opalino, cuando se hallaba a bordo del Anthea, ¿le había lanzado a un mundo nuevo, situado tal vez en los confines de la galaxia?

Un planeta situado a incontables años luz de distancia, pero próximo a la Tierra, por hallarse en algún extraño pliegue del continuo espacio temporal.

Nick se puso el ejemplo de dos puntos trazados con lápiz, uno encima del otro, pero a ambos lados de una cuartilla de papel. Un animal de dimensiones cuasimicroscópicas, lo suficientemente grande, sin embargo, para no poder atravesar los poros del papel, si estuviera sobre uno de los puntos y quisiera llegar al otro, tendría que recorrer toda la cara de la cuartilla en que se hallaba, alcanzar el borde, dar la vuelta y caminar por el otro lado, hasta llegar a su objetivo.

Un viaje semejante le parecería al animal, caso de que tuviese inteligencia, que no iba a terminar nunca. En cambio, si por algún procedimiento ideado por él o suministrado accidentalmente por la naturaleza pudiera atravesar la cuartilla, se encontraría en un instante sobre el otro punto.

«Y eso —pensó— es lo que me ha pasado a mí. El planeta en que me encuentro está a gran distancia de la Tierra, empleando medios de transporte ordinarios; pero al pasar por el Triángulo del Diablo, imagino que en circunstancias muy determinadas, he perforado la cuartilla y me he encontrado en un instante en el otro planeta.»

Era una argumentación llena de lógica, a la que, sin embargo, faltaba una explicación. ¿Cómo había entendido desde el primer momento el idioma de los smurianos... y de los hombres de Keydur y de las

amazonas?

«Temo que no llegue a saberlo nunca», se dijo.

Estaba sentado a la orilla del río, con el torso desnudo, debido a la excelente temperatura que reinaba. Mientras sostenía la caña con la mano derecha, se tocó el pecho con la izquierda, allí donde tenía una pequeña cicatriz. Por aquel lugar había salido La punta de laespada que había estado a punto de acabar con su vida. No, no se trataba pues de un sueño, sino de algo enteramente real.

Un pez picó de pronto y Nick tiró del palo que le servía de caña. Era muy parecido a una trucha terrestre, de casi sesenta centímetros de largo, y el joven se relamió por anticipado.

Dejó el pez a un lado. De súbito, sintió un fuerte empujón y sin poder evitarlo cayó de cabeza al agua.

Nick emergió casi al instante, disponiéndose al contraataque. Pero pronto vio que no se trataba de un enemigo.

De pie, junto a la orilla, Dyra reía a mandíbula batiente. El río era bastante profundo en aquel lugar, aunque de corriente muy lenta.

—Qué cara has puesto mientras caías —dijo ella alegremente.

Nick simuló resignarse a la broma. Nadó hacia la joven, cuyo cuerpo, cubierto por la breve indumentaria típica de las Amazonas, había adquirido un agradable color tostado durante los días en que, sin prisas, regresaban a Smuria. Fingió disponerse a volver a la tierra firme, pero de pronto alargó la mano, agarró uno de los tobillos de Dyra y tiró con fuerza.

—Oooohhh... —gritó ella, un segundo antes de zambullirse en el río.

Nick salió fuera. Ella emergió a los pocos instantes. Pero sonreía cautivadoramente.

—Te has tomado el desquite —dijo.

—Todavía no —contestó Nick.

—¿De veras?

—Sal fuera y te lo demostraré.

Dyra se acercó a la orilla. Nick la agarró por una mano y la izó casi en

vilo. Luego, bruscamente, la atrajo hacia sí.

Permanecieron así unos momentos, en completo silencio; luego, sin decir nada, volvieron a besarse y ahora los brazos de Dyra se elevaron para cerrarse en torno al cuello del hombre amado.

Si aquello era un sueño, pensó Nick, en medio del éxtasis de pasión que había invadido a ambos enamorados, era preciso reconocer que se trataba del sueño más agradable de su vida.

El general Dohar llamó a la puerta del despacho real y esperó a que Keydur diera su permiso. Los centinelas permanecían inmóviles a ambos lados de la entrada.

La puerta se abrió. Keydur, sorprendentemente de buen humor, le dijo:

—Entra, entra, general; tengo noticias muy interesantes para ti.

—Te refieres, sin duda, al hecho de que Dyra ha conseguido ser reina de Antinia —dijo Dohar.

—Oh, eso qué importancia tiene —contestó Keydur con rebuscada displicencia—. Lo importante es lo que vas a saber dentro de unos momentos. ¿Conoces a este

hombre? —señaló al individuo que estaba en pie sobre una mesa llena de grandes pergaminos con extraños dibujos.

—No tengo el placer...

—Se llama Stiadus y es un gran inventor, Dohar —presentó Keydur—. Stiadus, el general en jefe de mis fuerzas.

—Te saludo, Dohar —dijo Stiadus.

Dohar hizo una inclinación de cabeza.

—Es un placer —respondió.

—Dohar —dijo Keydur—, debo anunciarte que he decidido reanudar la campaña contra Smuria.

—Señor, después de la derrota que sufrimos, nuestros guerreros no se sienten...

—Dohar, no me vengas a explicar ahora cuál es el espíritu de nuestras

tropas —cortó Keydur con vehemencia—. Demasiado lo sé yo y también soy el primero en admitir la derrota. Pero es que usábamos armas anticuadas, muy bonitas para desfiles, aunque ineficaces para ganar una batalla contra un adversario mejor armado y, todo hay que decirlo, muy inteligente. Ahora, cuando vayamos de nuevo sobre Smuria, debo decirte que eso no sucederá mañana, por supuesto, iremos infinitamente mejor armados, gracias a las ideas de mi buen amigo Stiadus. Dohar, acércate a la mesa y verás los planos de las armas más destructoras y poderosas que hayas podido soñar jamás.

Dohar obedeció la indicación. También él, por otra parte, sentía el deseo de desquitarse de la derrota sufrida semanas antes frente a Smuria. Aquellos malditos molinos y los horribles gases que impedían la respiración... y las saetas que traspasaban las hasta entonces invulnerables corazas de sus guerreros...

Era una espina que tenía clavada en el corazón y no descansaría hasta sacársela, tomando Smuria al asalto.

La acrópolis de Smuria se divisaba, blanca y resplandeciente, junto a la línea del horizonte. Nick se sintió lleno de satisfacción.

—Antes de que acabe el día estarás de nuevo en tu palacio —dijo.

Dyra extendió su mano para asir la del joven con gesto lleno de ternura.

—Tú estarás conmigo ahora y siempre, mientras aliente un soplo de vida en nuestros corazones —contestó.

Nick sonrió. De pronto, un extraño olor llegó a supituitaria.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dyra, extrañada.

—Aguarda un momento, por favor —pidió Nick, a la vez que saltaba al suelo.

No lejos de aquel lugar se veía un trozo de tierra donde la hierba crecía con evidente dificultad. En otrossitios, el suelo estaba completamente pelado, pero húmedo de un líquido negruzco, cuyo olor pareció pestilente a la joven.

En algunos lugares el líquido, que parecía brotar de las entrañas de la tierra, pero no con fuerza, a lamanera de una fuente de agua, sino por filtración, había acumulado en charcos de diversos tamaños, sobrelos que no se veían volar pájaros ni insectos de ninguna clase. Tras

examinarlo atentamente durante unos momentos, Nick volvió al caballo de carga y vació uno de los odres que llevaban con agua.

Podía hacerlo; puesto que el final de su viaje estaba cercano y no corrían riesgo de sed. Lenta y pacientemente, contemplado por Dyra con expectante atención, llenó en parte el dore y lo volvió a su sitio.

—Sigamos —dijo escuetamente.

Doscientos pasos más allá encontró un hoyo natural en el suelo, en el que vertió el contenido del odre. Sacó un fósforo, lo encendió y lo dejó caer sobre el careo formado artificialmente.

El líquido se inflamó en el acto, con gran asombro de Dyra.

—¡Arde! exclamó la joven.

Nick sonreía ligeramente mientras contemplaba las llamas, de las que se desprendía un humo negro y poco agradable de respirar. Un ligero refino de aquel líquido, sin apenas complicaciones, sin necesidad de tener que montar una difícil planta de cracking o fraccionamiento para obtener gasolina, que por otra parte ya no necesitaba, le daría el combustible necesario para mover los dieseis del Anthea.

Y más adelante, quién sabía, Dirnos y Milos eran dos hábiles artesanos y no carecían de metales. El motor diesel era más sencillo de construir que uno corriente para gasolina... Con los ojos de la imaginación, vio las calles de Smuria surcadas por automóviles movidos por la energía producida por aquel líquido.

Pero entonces una duda asaltó su mente. ¿Debía llevar a Smuria una civilización que en la Tierra, de donde

procedía, empezaba ya a agobiar no sólo a los humanos, sino también al medio ambiente?

Dyra le vio preocupado y saltó al suelo. Corrió hacia él y le agarró de un brazo, a la vez que le miraba ansiosamente.

—¿Qué te pasa, querido? —inquirió.

—Nada —contestó él, rodeándole la cintura con un brazo, mientras el fuego continuaba consumiendo el líquido—. Sólo me preguntaba una cosa...

—¿Sí, Nick?

—Tú me quieres y deseas ser mi esposa, pero... ¿me aceptará tu pueblo?

Ella reclinó la cabeza en el pecho del amado.

—Si no hubieras demostrado condiciones de valor, audacia e ingenio para ser un buen rey, tendría tal vez que consultar a mi pueblo —respondió—. Y si entonces la respuesta fuese negativa, dejaría mi puesto y me iría contigo. Pero estoy segura de que no habrá un solo smuriano que no diga sí cuando les proponga tu persona para compartir el trono conmigo.

—Una respuesta muy halagadora —dijo él.

—La única que puedo darte, Nick. Y ahora dime, ¿qué líquido es ése, que arde como el aceite de las lámparas?

—Petróleo —respondió el joven lacónicamente.

CAPITULO XIV

La consulta popular, tal como había profetizado Dyra, resultó abrumadoramente favorable a Nick.

La boda, por indicación del propio Nick, se celebró con un mínimo de pompa y asistiendo a ella la menor cantidad de invitados. Fue una ceremonia discreta, con arreglo a los ritos smurianos, al término de la cual, Nick se convirtió en rey, pero no consorte, sino con los mismos derechos y prerrogativas que su regia esposa.

La sencillez de la ceremonia se debió a que todavía había muchas familias que lamentaban la pérdida de algún deudo en la guerra sostenida contra Kdaviur. Ello se propagó rápidamente por la ciudad y la popularidad de Nick, que ya era enorme, aumentó en proporciones increíbles.

Por otro lado, los trabajos de desecación habían proseguido y si bien todavía estaban en sus comienzos, empezaban ya a mostrarse eficaces. El hecho de que el ingenio de Nick hubiese sabido hallar la solución para un problema secular de Smuria, no hizo sino reforzar el afecto y la simpatía de que gozaba entre los smurianos.

No hubo viaje de novios; a la mañana siguiente, Nick empezó a trabajar ya, destacando una numerosa tropa con recipientes en grandes carros, a fin de llenarlos de petróleo y empezar inmediatamente los ensayos para la pequeña refinería que pensaba montar en las afueras de la ciudad. Había otras muchas cosas que hacer y se reunía constantemente con Corthonis, Milos y Dirmos, encargándoles la fabricación de distintos artefactos que estimaba necesarios.

Ennus era un eficaz y entusiasta colaborador. Cierta día le confesó que había habido un tiempo en que creyó llegar a ser el esposo de Dyra, pero después de lo ocurrido, estaba seguro de que Dyra no podía haber hallado mejor hombre para vivir a su lado. Por otra parte, cada vez que Nick cruzaba las calles de la ciudad para ir a inspeccionar los distintos trabajos que se realizaban, recibía constantes aplausos y las gentes se disputaban el honor de estrechar su mano o de recibir una sonrisa suya.

«Quién me lo hubiera dicho hace sólo unos meses, cuando me encontraba solo en la cubierta del Anthea», pensaba en más de una ocasión, todavía no muy convencido de que lo que le sucedía no fuese un sueño.

Un día, cinco o seis semanas después de la boda, Corthonis, lleno de preocupación, le dio una mala noticia.

—Keydur se prepara para atacar de nuevo —anunció.

—¿Cómo lo sabes, Corthonis? —preguntó Nick, sin inmutarse.

—Me lo ha dicho un viejo amigo, a quien yo tenía

destacado como espía en Kdaviur. Con la ayuda de Stiadus, un competente ingeniero lleno de inventiva, está construyendo nuevas máquinas de guerra, con las cuales piensa vencernos en su segunda ofensiva contra Smuria. Stiadus trabajó para nosotros, pero es un individuo ególatra y altanero, y se sintió decepcionado cuando Dyra no quiso conferirle el rango de general en jefe.

—Y, despechado, se ha pasado al enemigo.

—Así es, Nick. ¿Qué vamos a hacer? Se prepara otra guerra, ahora que estamos empezando a restañar las heridas de la anterior; todo el mundo vive en paz, lleno de ilusión y de ansia por el trabajo...

—En opinión de tu informador, ¿cuándo tendremos a la vista las tropas de Keydur?

—Antes de seis meses, de ningún modo. Por lo visto, Keydur quiere prepararse a fondo para no ser derrotado por segunda vez. Sería su fin, él lo sabe y no quiere que se produzca esa contingencia.

Nick sonrió tranquilamente.

—Ten calma —dijo—. Seis meses dan mucho de sí... ¡y si Keydur nos

ataca con armas nuevas, probará los efectos de las que nosotros vamos a empezar a fabricar inmediatamente!

* * *

Los parapetos habían sido reforzados, pero más para dar moral a los defensores y quitársela a los atacantes, que porque Nick confiase en su total efectividad. Ahora todos los smurianos, recordando el sitio de un año antes, estaban llenos de valor y confiaban en Nick para que les condujese a la victoria por segunda vez.

A través de los prismáticos, Nick pudo ver las máquinas de guerra construidas por Stiadus. Era evidente que el despechado ingeniero había aprovechado la idea de las ballestas fabricadas en Smuria para construir otras, pero de dimensiones increíblemente grandes.

—Pero Stiadus no sabe combinar el salitre, el azufre y el carbón para construir la pólvora —dijo Nick.

Cada ballesta, situada sobre un afuste sostenido por cuatro grandes ruedas, podía disparar una saeta de diez o doce metros de largo, en cuya punta había un granbarril lleno de petróleo. Para Nick era evidente que Stiadus conocía la inflamabilidad del petróleo, aunqueno sabía obtener de él ninguna otra utilidad.

Keydur había enviado fanfarronamente a un emisario, solicitando la rendición inmediata y sin condiciones de Smuria. La respuesta había sido negativa.

Había cosa de cuarenta ballestas gigantes e infinidad de barriles de petróleo al pie, sujetos a sus respectivas saetas. Nutridos pelotones de guerreros, especialmente instruidos, se ocupaban de manejar las máquinas de guerra.

Nick se imaginaba cómo funcionarían. Las ballestas serían disparadas con el barril abierto parcialmente y un trozo de tejido empapado en petróleo, que sería encendido en el momento del disparo. Al caer, el barril se rompería y el petróleo se inflamaría, extendiéndose las llamas por todas partes, con los consiguientes efectos destructores, tanto en las personas como en los edificios.

—Pero no les dejaremos que empiecen —dijo—. Atacaremos nosotros primero.

Corthonis, que conocía naturalmente los planes de Nick, se mostró de acuerdo con la opinión del joven Inmediatamente se dio la orden de avance.

No había habido tiempo para más ni tampoco Nick tenía interés excesivo en construir demasiadas unidades. Doscientos hombres escogidos, especialmente entrenados, abandonaron los parapetos y avanzaron al paso de carga al encuentro del enemigo, armados con sendos rifles.

Eran unas armas de muy rústica construcción, dadas las circunstancias, y de un solo tiro, pero Nick confiaba en el efecto psicológico sobre todo, aparte de que tenía algo más que aquellos doscientos rudimentarios fusiles.

El terreno hacía una ligera pendiente en descenso desde Smuria a los llanos. Detrás de los fusileros avanzaron más hombres, haciendo rodar un centenar de barriles repletos de pólvora y provistos de la mecha correspondiente.

Keydur vio el avance de los sitiados y sonrió desdeñosamente.

—Dohar, ordena a la caballería que aniquile a esos locos —dijo.

Un millar de jinetes salieron al encuentro de los sitiados. Nick iba con los fusileros y, de pronto, dio una seca orden.

Doscientos hombres pusieron en tierra la rodilla derecha. Cuando los primeros jinetes estuvieron a unos ciento cincuenta pasos, Nick dio la orden de fuego.

Se oyó un estrépito espantoso. Una nube de humo blanco ocultó la visión durante unos instantes.

Los fusileros, impasibles, recargaban sus armas.

Cuando la atmósfera se despejó, Nick divisó más decien jinetes tendidos por tierra, así como cuarenta o cincuenta caballos, derribados por los proyectiles de diez milímetros de calibre.

Sonó la segunda descarga. La caballería inició una frenética desbandada, después de perder sesenta o setenta hombres más y casi otros tantos caballos.

—Carguen y sigan adelante —ordenó Nick.

El avance se reanudó. Keydur estaba lívido de asombro.

—Que disparen las ballestas —bramó.

Pero aquellas armas tan enormes eran difíciles de manejar y el ataque, inesperado, les había sorprendido antes de ponerlas en condiciones de uso. Mientras, los smurianos proseguían su avance.

Los fusileros habían rebasado ya el punto al que había llegado la caballería en su frustrado ataque. Detrás de ellos, los otros seguían empujando los barriles.

Los cuerpos caídos podían suponer un obstáculo y quedaron atrás. Nick dio la orden de soltar los barriles.

Cien antorchas prendieron las mechas al mismo tiempo. Nick ordenó que los fusileros hicieran una tercera descarga y luego dispuso la retirada.

Mientras tanto, cien barriles rodaban a velocidad cada vez mayor hacia el campamento enemigo. De pronto, se produjo la primera explosión.

Un enorme chorro de humo y tierra subió a lo alto. El suelo pareció sacudido por un terremoto.

Se oyeron gritos de pavor. Las explosiones continuaron a ritmo acelerado, produciéndose la mayoría de ellas en las inmediaciones de las máquinas construidas por Stiadus.

El pánico era espantoso entre los atacantes, que no sabían a qué se debían aquellos horribles truenos que despedazaban y mataban a hombres y animales y destruían las máquinas de guerra. Los barriles preparados para ser lanzados contra Smuria empezaron a arder y el campamento sitiador se convirtió en un océano de fuego.

Desde un lugar elevado, Nick hizo una señal con la mano. Todavía faltaba por utilizar una nueva arma de guerra.

Decenas de cohetes se elevaron rugiendo en el aire, dejando tras sí espesas estelas de humo. Trazaban una larga parábola y caían sobre las tiendas y almacenes del ejército sitiador, estallando con horrible estrépito, a la vez que producían incontables destrozos.

Nick había hecho construir millares de cohetes, cada uno cargado con unos dos kilos de pólvora, aparte de la carga propulsora. Durante largo rato, las aulladoras lanzas de fuego y humo continuaron surcando el cielo y causando al estallar una espantosa mortandad entre los guerreros de Kdaviur.

El pánico se apoderó de aquel poderoso ejército, que en pocos momentos había perdido una gran cantidad de hombres. La desbandada fue total, vergonzosa.

—Aún no se han ido del todo —dijo Ennus a la mañana siguiente.

Todavía flotaban nubes de humo sobre el lugar donde había estado emplazado el campamento enemigo. De las orgullosas máquinas de guerra ideadas por Stiadus, sólo restaban algunas maderas ennegrecidas.

Los desmoralizados restos del enemigo ejército sitiador se habían retirado a unos tres kilómetros del campamento destruido. Tal vez pensaban reorganizarse para atacar de nuevo, pensó Nick.

Estaba ansioso de terminar cuanto antes aquel conflicto. Había mucho que hacer en Smuria. Quería transformar el país y el ataque de Keydur no sólo alteraba, sino también retrasaba sus planes.

De pronto tomó una decisión.

—Voy a ver a Keydur —dijo.

Dyra se puso pálida.

—Te matará —vaticinó, aterrada.

—¿De veras? Tendrá que esforzarse mucho para conseguirlo... y no le permitiré una traición.

—Pero, ¿qué es lo que piensas decirle? —preguntó Ennus, no menos pasmado que su prima.

—Voy a retarle a un duelo real. Esto zanjará la cuestión definitivamente.

—Nick, yo no quiero...

El joven interrumpió vivamente a Dyra.

—En cierta ocasión, tú hiciste lo mismo y no fue por todo un pueblo,

sino por un solo hombre. Yo quiero batirme con Keydur por Smuria, y tú no puedes prohibírmelo, Dyra.

La joven calló, aunque se sentía llena de aflicción. Los argumentos de su esposo eran irrefutables.

* * *

Cabalgando en un brioso corcel, con una bandera en la mano izquierda, Nick hizo su entrada en el nuevo campamento, donde se alojaban las desmoralizadas huestes de Keydur. Vio muchos heridos y también captó el horror y el miedo en numerosos rostros.

Un hombre salió a su encuentro.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó Dohar.

—Soy Nick, rey de Smuria por mi matrimonio con Dyra —contestó el joven—. Deseo ver a Keydur; quiero retarle a un duelo real. Según las costumbres de este planeta, Keydur no puede negarse a aceptar mi reto.

Dohar contempló al joven con admiración.

—Tú eres el hombre que rescató a Dyra de la fortaleza de Keydur —dijo.

—Sí. ¿Por qué no me llevas ya a presencia de tu rey?

Dohar sonrió imperceptiblemente.

—¿Persistes en tu propósito de ver a Keydur—preguntó.

—Lo he dicho claramente —respondió Nick.

—Entonces, ¡míralo, ahí lo tienes!

Nick volvió la cabeza. A pocos pasos de distancia, clavada sobre una lanza, cuyo extremo inferior se hallaba hincado en el suelo, vio la cabeza de un hombre, todavía chorreando sangre.

—Ahí tienes a Keydur, ya-no-rey-de-Kdaviur —dijo Dohar

solemnemente.

—Le habéis dado muerte —exclamó Nick.

—Sí. Nos reunimos todos los oficiales de su ejército y lo juzgamos por su incapacidad e incompetencia. La sentencia se ha cumplido hace sólo unos minutos. Stiadus está vivo, porque tiene unas piernas muy ligeras—informó Dohar con no escasa ironía.

—De modo que Kdaviur carece ahora de rey.

—Elegiremos otro, pero en nuestro país. En cuanto los heridos estén en condiciones iniciaremos el regreso.

—Si eres sincero os ayudaremos —prometió Nick—. Pero no toleraremos ninguna traición, entiéndelo bien. Podemos aniquilaros...

Dohar se encogió de hombros.

—Sois demasiado poderosos para nosotros —contestó—. Keydur debiera haber sabido verlo. Aún estaría vivo.

—Indudablemente. Pero me asalta una duda.

—Dime, Nick.

—Has dicho que Keydur ha sido juzgado por incompetencia e incapacidad.

Pero, ¿qué hubiera sucedido de haber conquistado Smuria?

—No puedo especular sobre lo que no ha sucedido —contestó Dohar—. Keydur fracasó y ello le ha costado la vida. Tú has triunfado y no especulas con lo que

hubiera pasado, de haberte derrotado nosotros.

—Es cierto —convino el joven con una sonrisa—.

Cuando hayáis elegido rey, dile en mi nombre que envíe una embajada para gestionar un tratado de paz. Será muy beneficioso para Kdaviur, te lo aseguro.

—Así lo haré —prometió Dohar.

Nick arrojó una última mirada al sangriento despojo que era la cabeza de Keydur y luego tiró de las riendas. Volvió grupas y emprendió el

regreso a todo galope.

El Anthea se balanceaba suavemente sobre las olas. Nick dormitaba al sol, tendido en la cubierta sobre una colchoneta.

Las pruebas para los dieseis con el combustible refinado artesanalmente habían dado buen resultado. De pronto se sumergió en un profundo sueño que, sin embargo, duró sólo unos minutos.

Al despertar, con la mente todavía embotada, se encontró en la cubierta del yate. Se sentó en el suelo y miró a todas partes.

—Lo he soñado —dijo—. Smuria no existe, ni Dyra ni...

Una amarga sonrisa distendió sus labios.

—Claro, tenía que ser un sueño —murmuró.

Se puso en pie. De pronto, bajó la vista y se miró la cicatriz del pecho.

Una sombra de preocupación apareció en sus ojos. Entonces, ¿todo lo que le había pasado era real?

¿Existía verdaderamente aquel agujero en el espacio, al que la leyenda denominaba el Triángulo del Diablo?

La voz de Dyra, fresca y vibrante, salió por la escotilla que conducía a la cabina.

—Nick, date prisa ¡la comida está en la mesa!.

El joven se pasó una mano por la frente.

—Entonces, es cierto...

De repente, vio algo que le hizo dudar de la integridad de su mente.

Un enorme trasatlántico navegaba a buena marcha a unos dos kilómetros de distancia. Nick se sintió aturdido por unos instantes.

¿Había franqueado de nuevo, pero en sentido inverso, el agujero del espacio que un año antes le había llevado a Smuria?

Estaba de nuevo en la Tierra, ya no cabía la menor duda. Aquel trasatlántico lo probaba concluyentemente.

—¡Vamos, Nick! ¿A qué esperas? —sonó de nuevo la voz de Dyra.

De súbito, con un repentino impulso, Nick echó a correr hacia el puente. Puso en marcha los motores y viró en redondo. Sí, allí estaba aquel misterioso círculo opalino, a través del cual había pasado una vez para vivir una serie de increíbles aventuras.

—La Tierra es muy hermosa... pero prefiero vivir en Smuria —dijo, un segundo antes de dar el salto que le iba a conducir de nuevo al espacio en que se hallaba Smuria.

Dyra subió al puente.

—Pero, Nick, estoy cansándome de llamarte... —se quejó.

Ella estaba más hermosa que nunca, vestida con un diminuto corpiño y unos pantaloncitos, que dejaban al descubierto una dorada epidermis. Nick pasó una mano por su cintura.

Al cabo de unos momentos, sonriente y con el pelo revuelto, Dyra preguntó:

—¿Te pasa algo, Nick? —preguntó.

—Sí, querida. Pasa que estoy a tu lado y no quiero separarme de ti mientras viva.

Los edificios de Smuria resplandecían a lo lejos. Atrayendo a la joven contra su pecho, manejando la rueda del timón con una sola mano, Nick se dijo que, junto con el amor, había encontrado la puerta a otro mundo.

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

“CIENCIA-FICCION”
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain